

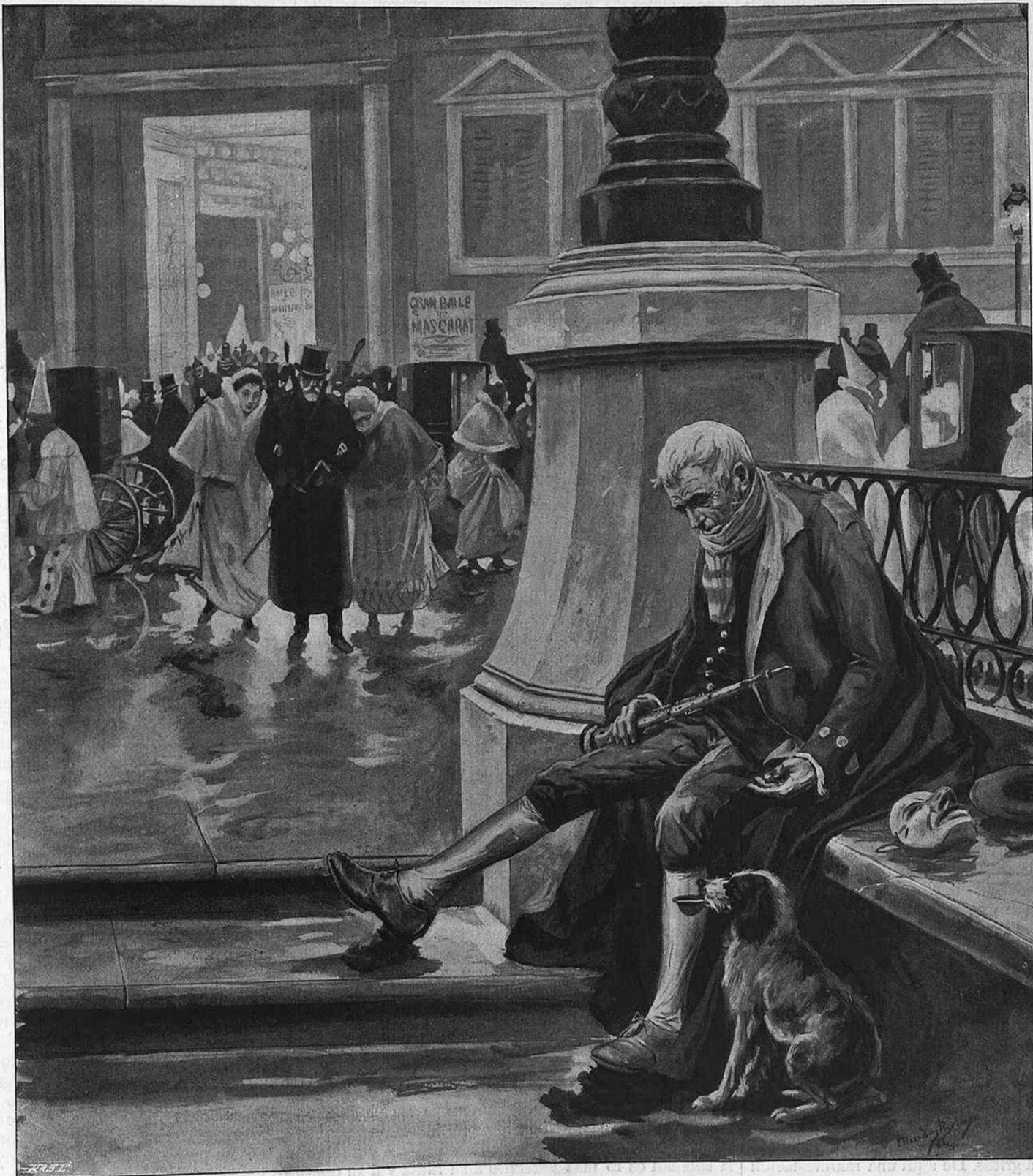
La Ilustración Artística

AÑO XVI

BARCELONA 15 DE FEBRERO DE 1897

Núm. 790

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UNA NOCHE DE CARNAVAL

Dibujo de N. Méndez Bringa. (Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

SUMARIO

Texto.—*Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Manuel Rodríguez (el húsar de la Muerte)*, por la baronesa de Wilson. — *Una noche de Carnaval*, por A. Danvila Jaldero. — *Cómo se llega*, por Alejandro Larrubiera. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *La ondina de Bretaña*, novela (continuación). — *Vargas y Machuca*, por F. Moreno Godino.

Grabados.—*Una noche de carnaval*, dibujo de N. Méndez Bringa. — *Manuel Rodríguez (el húsar de la Muerte)*. — *Islas Filipinas. Cementerio protestante en Ilo-Ilo (ista de Panay)*. — *Entre los manglares de la costa.* — *Mapa de la parte de la provincia de Cavite en donde se han de desarrollar las operaciones que se están preparando contra el principal núcleo de la insurrección.* — *Batería de dos cañones de acero rayado de 13 centímetros, sistema Whitworth, emplazada en el baluarte de Porta Vaga con el fin de batir á los insurrectos de Binacayán, Cavite Viejo y Noveleta.* — *Las damas romanas entregan al Senado sus joyas para el sostenimiento del ejército que ha de combatir á Anibal*, cuadro de G. Scuti. — *Interior del vagón capilla del ferrocarril transiberiano.* — *S. A. la infanta doña María Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier.* — *La guerra de Cuba. Segunda compañía del primer batallón del regimiento de Soria.*

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Mourawieff en Berlín. — Agitaciones interiores de Rusia. — Eterna cuestión de Oriente. — Los trescientos mil armenios degollados. — Informes acerca de Armenia dados por un escritor francés muy sincero. — El sultán personificando la decadencia. — Inglaterra por los armenios y Rusia contra los armenios. — Causas de la opinión rusa. — Propuesta de repetir el exterminio de los genizaros. — Últimas noticias de Creta. — Reflexiones. — Conclusión.

Todo mi gozo en un pozo. El canciller Mourawieff, después de haber visitado á París, hase detenido en Berlín. Es cosa natural esta segunda visita y en Europa nadie la extrañara de no haber insistido tanto los franceses partidarios de la inteligencia y alianza rusas en que no pasaría de ningún modo por Berlín el ruso canciller. Pues ha pasado. Y amén de pasar, se ha detenido tantos días como en París, aprovechados para departir sobre los problemas europeos, cada vez más dificultosos, y sobre las agitaciones orientales, cada vez más amenazadoras. Por cierto que periódicos franceses republicanos, muy republicanos, loando á Mourawieff, recuerdan la sangrienta pacificación de Polonia hecha por su señor padre allá en la década del sesenta, como si ya hubiéramos dejado de ser demócratas y nos aperciéramos á inscribir nuestros nombres en las legiones exterminadoras compuestas por los fatídicos soldados del czar. Yo no digo hagamos todo cuanto hicieran en París nuestros predecesores y maestros, cuando violaban por Polonia el Congreso Constituyente ó por la Ciudad Eterna promovían una manifestación revolucionaria interior. Tristísimas experiencias nos han dicho que así como en el siglo pasado nada se pudo hacer por salvar á Polonia, en este siglo expirante nada se puede hacer por resucitarla y reconstituirla. Pero del reconocimiento de tamaña triste imposibilidad á los elogios, cómplices y encubridores del crimen mayor cometido por la monarquía y por los monarcas, media una gran distancia. En el año noventa y dos, perpetrados ya el desmembramiento y descuartización de Polonia, propusieron hacer lo mismo con Francia en su nueva coalición los coronados descuartizadores. Y no pudieron, porque si Polonia cayó por aristocrática y monárquica, Francia se redimió por progresiva y libre. Continuemos siendo una democracia.

No quieren otra cosa los rusos ilustrados que ser una democracia y no envidian otra cosa que la República en Francia. Mas el carro de tanto Imperio se atasca en el barrizal de la estepa, donde lo guarda inerte la superstición y la ignorancia del mujich, según llaman ellos al triste campesino moscovita. La esperanza de conmovirlo y sacarlo del atascadero late aún en el corazón de la juventud universitaria, sin duda porque han vivido poco aquellos jóvenes y no ha llegado aún á su frente la vespertina sombra del eterno desengaño. Quitadle al madrugador almendro sus flores y á la vívida juventud sus esperanzas. En la Universidad de Moscou no se dan clases hace un mes, porque creen los estudiantes justo aguardar alguna libertad moderna del czar, joven como ellos; y no pudiendo contener las grandes aspiraciones liberales que les retozan por el cuerpo, piden su indispensable satisfacción á gritos. De aquí una manifestación á diario y en cada manifestación una muchedumbre de presos. ¡Infelices! Si pudieran transportar á la mente del pobre labriego su estado mental, no habría duda posible acerca de la transformación moscovita; vendría cual ha venido en pueblos, de relativo atraso antes, como los uncidos al odioso yugo de las monarquías absolutas. Pero si en ciencia mandan los de arriba, los pensadores, nuncios de lo porvenir, en política mandan los de abajo, los labriegos, plantas del

terruño apegadas á lo pasado. Y á medida que Rusia sea mayor y junte más pueblos bárbaros á su imperio, mayores serán los sostenes del despotismo. Mas esta convicción tristísima no empece á que los estudiantes rusos entre sí traben federaciones; designen federales consejos residentes en Moscou; envíen emisarios á Francia, los cuales den á esta nación, iniciadora y profeta, en rostro con que se prosterne de hinojos ante un régimen autocrático, y vayan en procesiones numerosas al cementerio de la Waganka, donde yacen los innumerables muertos inmolados por una imposible administración para protestar contra un despotismo que trae aparejadas tan tremendas catástrofes.

Por manera que no solamente se piden reformas en Turquía, se piden también reformas en Rusia. Mas por el paso que llevan los hechos, tardarán muchísimo las reformas en Rusia, y descompondrán á Turquía si llegan á realizarse alguna vez las hoy, según dicen, inminentes reformas. ¿Qué saben de reformas, ni pueden saber, los musulmanes? Cuando el sofista Pilatos oyó á Cristo hablar de la verdad, le preguntó: *¿Quid est veritas?* Cuando las tribus germánicas avanzaban pululantes y vengadoras sobre la Ciudad Eterna, los últimos césares hablaban de libertad al pueblo rey; pero este pueblo, embrutecido por cinco siglos de infame despotismo, preguntaba qué cosa era eso de libertad. No basta decretar las reformas; es necesario vivirlas. Y para que se vivan por los pueblos, es necesario que tengan éstos un aparato mental capaz de recibirlas y de asimilárselas. Dadle al más gallardo ciervo de la selva un higadejo de pato á lo Estrasburgo, y ¡valiente regalo le habéis hecho, si al mismo tiempo no le dais un aparato digestivo con que tragárselo y diluirlo por su cuerpo! Quien enajena su voluntad al fatalismo, su entendimiento á un libro revelado indiscutible, sus ideas á un Dios que todo lo sabe, su gobierno á un califa que todo lo puede con su omnipotencia de monarca y pontífice, desde abriros las puertas del sepulcro hasta cerrarlas las puertas del paraíso, no puede con la libertad y la soberanía como los llamados á la vida del derecho por seculares y hondas revoluciones, aunque lo mande un milagro.

El mundo se ha quedado atónito después de saber que los musulmanes habían inmolado trescientos mil armenios, al saber los tormentos indecibles con que agravaran estas inmolaciones. Y quien más de cerca vió todos estos cruentos sacrificios, que nos hacen retroceder á las tribus y á las edades antropófagas, es el sabio alumno de la Escuela de Atenas M. Berard, enviado allá para requerir de los naturales una información y publicarla, por el profundo catedrático de la Sorbona, compañero mío en el Instituto de Francia M. Lavis, director de una gran revista europea, publicada hoy en París. Si personas de tal seso en su mente y de tal veracidad en sus informaciones varias no lo dijeren, nos resistiríamos á creerlo. El intento de suprimir Armenia suprimiendo los armenios, como un día los predecesores mongólicos del sultán suprimieron de Quio los griegos y los genizaros de Bizancio; la tala de ciento diez y nueve burgos desarraigados del suelo por los exterminios de la matanza y del incendio como se pueda arrancar un árbol de raíz; las mujeres arrastradas á la cola de los caballos con sus hijuelos en brazos; familias enteras conducidas á los mataderos donde sus verdugos les cortaban las manos y los pies antes que las cabezas para atormentarlas; el horror llevado hasta el extremo de dar á las víctimas para su alimento la propia carne de su cuerpo cercenada con el yatagán homicida; la circuncisión impuesta por el sable para llevar á Mahoma los fieles de Cristo; tantas crueldades increíbles demandan el desarraigo de un Imperio cuyos actos deshonoran á la humanidad y pudren el planeta.

Y de todo tiene la culpa el sultán. Es una especie de Augústulo, quien creía salvar en sus postrimerías á Roma, porque cuidaba dentro de sus gallineros imperiales con sumo interés una gallina que Roma se llamaba. Indispensable ver su retrato recién hecho por Berard. La soledad le absorbe al sultán porque teme hallar un enemigo en cada semejante y porque la soledad es lo más parecido á su alma y á su conciencia que puede haber. En cada cortesano ve un traidor, en cada guardián un asesino. A nadie confía los secretos de su alma. En persona ninguna tiene confianza. Su escudriñadora mirada solamente revela recelos. El mal escondido temblor que le sacude cuando habla con cualquier interlocutor, dice que de todos teme algo y en todos sospecha cualquier mala intención. Sus domésticos más cercanos ignoran donde duerme, porque cada noche cambia su alcoba.

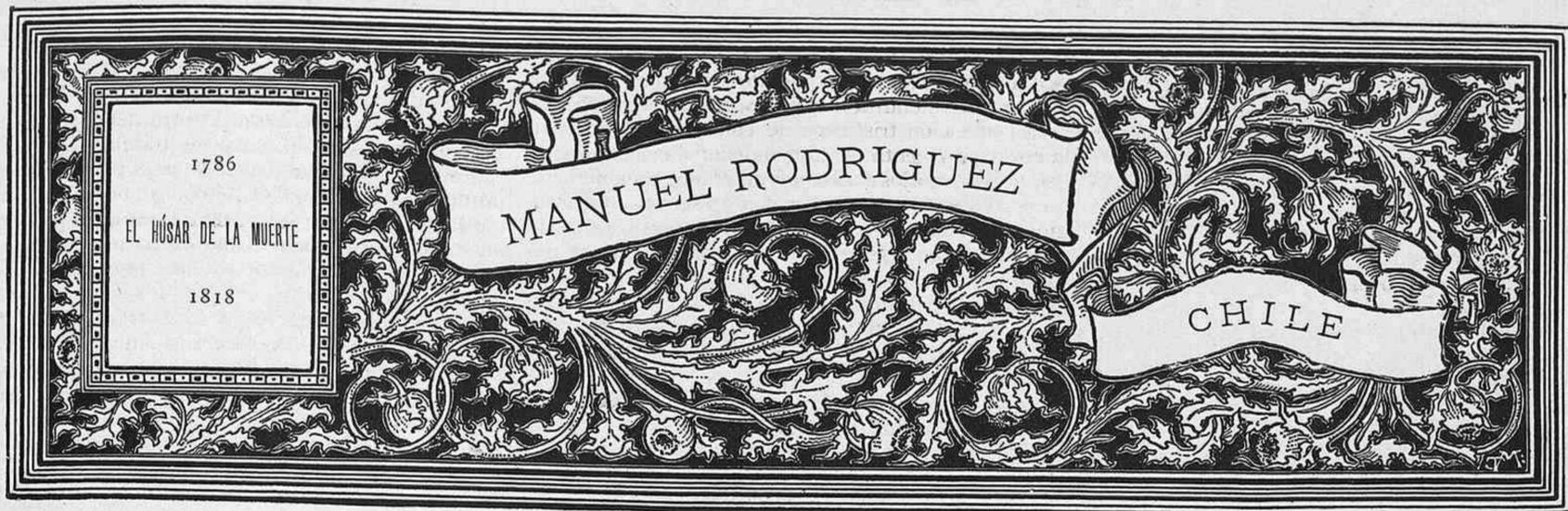
Solamente sale de palacio los viernes para ir á la Mezquita, y pone tal número de soldados y esbirros en movimiento, que le rodean dos ejércitos; uno á la vista y otro en el misterio. Dentro del coche lleva un hijuelo suyo sentado sobre las rodillas para que sea su escudo contra las balas, y en el pescante pone á Midhat-Bajá, por ser el héroe nacional, el defensor de Plewna, contra quien jamás se alzaría un musulmán, por considerarlo el mayor enemigo de los cristianos y el mayor héroe de las creencias koránicas que ha tenido Turquía en los tiempos últimos. Le dominan dos consejeros, á cual más inhumano: un árabe nubio jamás de sangre saciado, y un sirio engañador, como perteneciente á la raza, hechicera y mágica de antiguo, en que tomaba Nerón los compañeros de sus fechorías, cortesano por atavismo y sustentador de esta doctrina: «muerte al infiel.»

No conozco ninguna cuestión que sea tan controvertida en Europa como la cuestión armenia lo es ahora mismo, batallando con encarnizamiento entre sí las más encontradas creencias respecto de tan pavoroso problema. Si á un estadista del fin de un siglo como el anterior, le dijeren que al fin de este nuestro siglo el imperio ruso estaría por los musulmanes y el pueblo inglés contra los musulmanes, resistiríase con resistencia increíble á creerlo. Que un heredero de Pedro el Grande suspenda la marcha tenaz de los suyos á Constantinopla y un heredero de lord Chatam disuelva el imperio turco, fenómenos tales son que escandalizan nuestra vejez, porque pasaba en nuestra juventud á este respecto precisamente lo contrario. Inglaterra cree que quien protestó con fortuna tan grande contra las matanzas de Bulgaria, debe protestar contra las matanzas de Armenia. Gladstone llama todos los días en profético lenguaje asesino coronado al sultán. Pero Rusia, que, natural redentora de los búlgaros, vió revolverse á éstos en su contra, no quiere por la parte asiática del imperio turco ninguna Bulgaria. Dominando una parte considerable del territorio armenio, cedido á su grandeza unas veces por la Turquía, otras por la Persia, teme Rusia que los habitantes á su dominio adscritos pugnen por irse al nuevo Estado y al nuevo pueblo libres, lo cual pudiera traerle dificultades inmensas. Así quiere la estabilidad.

Para una gran parte de los publicistas europeos no hay problema ninguno en Armenia; cuantos factores y términos lo constituyen, se han elaborado en el mágn y caletre de los ingleses. Así no perdonan Armenia y los armenios. Con límites bastante inciertos, el territorio; con historia sobrado confusa, la vida; enemigos un día de Grecia y de los griegos hasta invocar á los mongoles ó turcos, y abrirles sin empacho las puertas asiáticas del bizantino imperio; cortesanos y aun favoritos de los sultanes, que los enriquecieron mucho; el odio, nunca muerto, redivivo siempre contra ellos en kurdos y en circasianos, proviene de haber estrujado á estas pobres gentes, exprimiendo todo el sudor de que sus cuerpos robustos son capaces sobre las usurarias cajas de tan voraces mercaderes como los armenios, quienes absorben el oro ajeno á la manera que absorben las aguas del aire los arenales del desierto. Así, quienes por tal modo discurren, equiparan el movimiento anti-armenio en Asia con el movimiento anti-semítico en Europa, asegurando carcer de todo carácter religioso y de todo carácter político por lo mismo que tiene un carácter social como el que tuvieron en la Roma del Aventino las reivindicaciones plebeyas contra los usureros patricios.

Así no se andan en escrúpulos estos enemigos de la nueva Bulgaria y de la nueva Servia que se dibujan en Oriente, proponiendo haga el califa reinante con los armenios aquello que hizo Tito con los judíos en la toma de Jerusalén, trasladarlos á cualquier ciudad musulmana bien vigilada, como fueron trasladados los hijos de Israel desde las tierras Palestinas al Guetto latino. Hasta el nombre de los genizaros en este conflicto suena, y algunos proponen que se descabece á los armenios como se descabece á los genizaros, mas con orden y método, para que resulte regular y hasta legal de suyo la matanza, no anárquica como las perpetradas este verano y las usuales hoy en toda el Asia Menor. Cuando se dicen estas enormidades contra la eterna justicia y el humano derecho sin pestañear á ningún escrúpulo y sin avergonzarse de sí mismo quien las dice, cabe pensar que tales efluvios concluyan por producir una peste tan asoladora como la guerra. El telégrafo dice que resuenan los primeros disparos en Creta y que se aparejan al combate las naves griegas. Dios nos tenga de su mano]

Madrid, 7 de febrero de 1897.



MANUEL RODRIGUEZ
(EL HÚSAR DE LA MUERTE)

I

Opiniones muy diversas y juicios más ó menos aventurados dieron y dan no poco que discurrir á los biógrafos é historiadores, cuando necesitan ocuparse en analizar las condiciones características del intrépido abogado que, ganoso de glorias bélicas y atento sólo á poner en relieve sus principios liberales, abandonó el foro y las investigaciones judiciales para convertirse en tenaz y turbulento guerrillero, que después fué también el amigo, el secretario, el compañero de aquel legendario José Miguel Carrera.

En la individualidad de Manuel Rodríguez andaban mezcladas las altas cualidades del hombre inteligente y estudioso con los alardes de una naturaleza por demás osada, con los impulsos del carácter impetuoso, dominador y de un temple tal, que jamás se plegó á las circunstancias: su alma era de hierro, no de acero.

La bizarría en el corazón y la fuerza en el brazo le hicieron siempre desafiarse los peligros, y más de una vez salió ileso de entre una lluvia de balas, cual si poseyera un talismán que le hiciese invulnerable para el enemigo.

Como dice un escritor inmortal, Vicuña Mackenna, Manuel Rodríguez, «sublime y salvador en la víspera de una batalla, era un obstáculo en la tarde de una victoria, y á la mañana siguiente una amenaza.»

Estas anteriores palabras pintan al soldado que fué y será en la historia emblema de valor y patriotismo, y el alma de grandes combinaciones y de prodigiosas actividades organizadoras.

Sagaz, astuto, obstinado, ajeno al cansancio moral y físico, rápido en los movimientos, estratégico consumado, sereno, reanimaba el decaído espíritu cuando los azares de la guerra sembraban la confusión y hacían retroceder á los más valerosos.

Había en Manuel Rodríguez curiosas semejanzas con algunos de aquellos romanos y cartagineses que han dejado recuerdo perdurable por sus hazañas, por su prestigio popular, por la temeridad y fortuna en las empresas.

Con una palabra, con la enérgica y arrogante actitud, estuvo en una ocasión á los que buscaban en la fuga la garantía para su vida. El guerrillero hízose dictador, asumiendo todas las responsabilidades, todos los ardores patrios, todas las esperanzas del triunfo nacional; entonces fué el salvador de vidas y haciendas en la capital chilena.

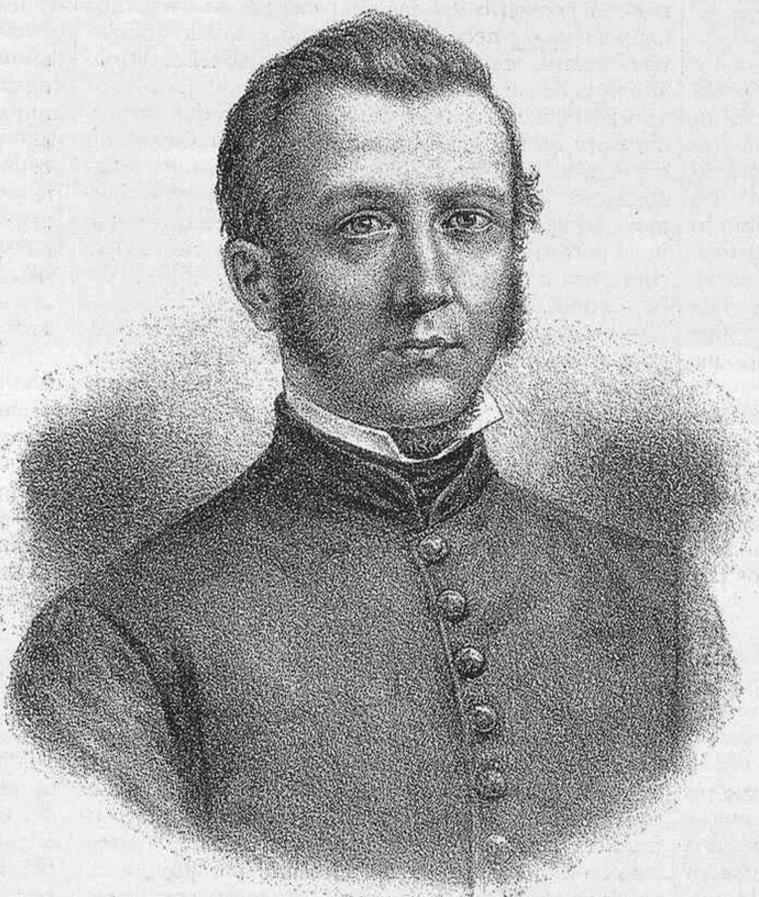
El tipo de Manuel Rodríguez es de aquellos que se destacan, que se elevan y dominan á las multitudes en momentos de suprema angustia, convirtiéndose en árbitros, en apóstoles, en semidioses. Precisamente los grandes é inmortales servicios, las prendas características del glorioso joven, le condujeron al precipicio.

Después de un gran desastre dominado y neutralizado por su singular patriotismo, creó el memorable escuadrón que llevó el nombre de «húsares de la Muerte», y mandándolo se batió bizarramente en Maipo, sin sospechar que la justa admiración y el delirio entusiasta de las masas pudiera ser su sentencia de muerte. Corrió la fama de su heroísmo en la batalla, y por todos los ámbitos de Chile resonó el nombre del húsar valeroso, despertando rivalidades, envi-

dias y temores en almas pequeñas y en corazones que protestaban contra aquella lógica popularidad.

En la historia abundan tales ejemplos.

Las circunstancias influyeron poderosamente, y no poca parte ha de atribuirse en la desgraciada suerte del noble húsar al rencor y la mala voluntad que abrigaba por el elemento argentino, dominante á la sazón en Chile.



Manuel Rodríguez (el húsar de la Muerte)

Esto le acarreó enemistades, y acusado de conspirador se le redujo á prisión en un castillo. Fugóse de allí escalando murallas y confiándose á la diosa Fortuna, pero no tardó en ser arrestado de nuevo y severamente vigilado.

Manuel Rodríguez era galante, enamorado y decidido por las aventuras: había en él mucho de D. Juan, por lo que no escaseó los salidas nocturnas que amistosamente protegía una de las oficinas encargadas de vigilarlo. El pueblo murmuraba de aquel rigor con su caudillo favorito, indignándose al pensar era una injusticia palmaria, y hartó se daba cuenta de las causas, pues que era indudable constituía un rival temible, que aun prisionero hacía sombra á muchos.

El alma generosa y franca de Manuel Rodríguez no adivinó el peligro, y entretanto discutíase y decretábase su muerte en un famoso tribunal secreto. La juventud, el valor, la hidalguía de aquel denodado santiaguino, los méritos patrióticos que debieran hacerle acreedor á la gratitud de todos, no pudieron salvarle, por más que sus propios enemigos lo intentaron y para ello hicieron grandes esfuerzos.

Sin embargo, pronunciada la sentencia, se trató de llevarla á efecto sin dilación.

II

En la línea ferrocarrilera que conduce desde Valparaíso, la gallarda ciudad joya del mar Pacífico, hasta Santiago, capital de Chile, hay una estación que si

bien es aldea de las más antiguas y sólo notable por las minas y lavaderos de oro, tiene mucho de legendaria desde 1818, y despierta con su nombre un recuerdo conmovedor y sombrío.

Debe consignarse que en aquella pintoresca vía todo es sorprendente, no escaseando en ella las perspectivas más soberbias, los panoramas montuosos y por extremo risueños, y las poblaciones alegres y rebosando luz y galanura, como Viña del Mar, Limache, Quillota y otras muchas: tampoco faltan exuberancias de la naturaleza, frondosas arboledas, estancias en la cima de las montañas y en los estribos de la majestuosa cordillera.

Hay abundancia de paisajes en los valles que el sol abrillanta, deslizándose por las altas copas de la *jacaranda*, vestidos con bellísimas flores azules y jugueteando entre magnolias y corpulentos nogales, para descender hasta las gargantas salvajes que asombran al viajero cuando desde el tren disfruta de los singulares contrastes que aterran y deleitan á la vez.

La locomotora sigue rápida por curvas atrevidas y peligrosas, hasta detenerse en la aldea ya mencionada, hoy histórica porque su nombre anda unido con el dramático fin del generoso apóstol de las libertades chilenas Manuel Rodríguez.

Un día, y á raíz del fallo pronunciado por el inexorable tribunal, dióse el orden de marcha al batallón que custodiaba en Santiago el noble coronel de los «húsares de la Muerte», debiendo éste seguirlo en su camino, sin sospechar siquiera la cruel verdad.

«¡Huid!», escribió una mano amiga aunque sin lograr el objeto apetecido; porque Manuel Rodríguez, hombre severo, capaz de todas las abnegaciones y de todas las hidalguías, no encontró motivo para seguir el consejo que creyó efecto de exagerado interés. Era imposible que la saña ó los celos de sus enemigos llegasen hasta el punto de atentar á su vida.

El carácter de Rodríguez era alegre, muy dado á juveniles amorosos devaneos, y ante la perspectiva de algunas horas placenteras, hervíale la sangre y, arrebatado por su ardiente fantasía, dejábase llevar por ella y por sus impacientes aspiraciones.

El batallón descansaba frente á la aldea de Tiltil y á orillas del riachuelo el Lampa.

Caía la tarde del 26 de mayo de 1818, cuando un oficial llamado Navarro que en Santiago protegiera las impetuosidades y desbordes de Manuel Rodríguez, propúsole pasar la velada en grata y gozosa compañía, y como fuese aceptada la astuta oferta, se dirigieron inmediatamente á su realización.

Ni sombra de temor ó sospecha cruzó por la mente del héroe chileno; en su pecho gigante no cabían pequeñeces ni deslealtades y, muy lejos de ellas, soñaba tal vez con glorias y laureles.

El nubarrón sombrío y la tormenta cerníanse sobre su cabeza y el abismo sin fondo hallábase á sus pies, mientras que desbordaba el buen humor en sus ademanes y palabras.

Vestía medio uniforme: chaqueta de paño verde con alamares de trencilla negra, gorra militar y pantalón de campaña, y la marcial apostura medio cubierta con el *poncho* de viaje.

De repente sucedió una cosa horrible. Manuel Rodríguez pasaba rozando con unas tumbas antiguas (*ancariñas*), que el viajero observador puede aún encontrar, cuando sonó un tiro, único, certero. El soldado popular, el *húsar de la Muerte*, era cadáver.

Cuarenta y cinco años después se levantó una pirámide á corta distancia del lugar siniestro: el monolito histórico sirvió de tribuna á ilustres oradores, y sus elocuentes palabras rindieron homenaje á la memoria del patricio singular.

Fué una apoteosis solemne; una glorificación justísima; un espectáculo digno de una nación que sabe avalorar los méritos de sus hijos.

Más tarde, los restos del popular guerrillero han sido conducidos á Santiago de Chile y en ovación inmensa enaltecidos.

A semejanza de aquellos paladines de la Edad media, será perdurablemente Manuel Rodríguez el tipo hermoso y heroico de la tradición y de la leyenda, interesante por los ideales que defendió, por sus proezas bélicas y por el monumento que en Tiltil se levantó, conmemorativo del lúgubre atentado que cortara en mitad de su carrera una existencia llena de luz.

Como un lamento del prematuro fin, exclamó la desolada madre en su pintoresco lenguaje:

— ¡*Champi, yunchapi tuta yarca!* «En la mitad del día le anocheció.»

BARONESA DE WILSON

UNA NOCHE DE CARNAVAL

I

Buena, pero buena fué la bronca que se armó aquella tarde de Carnestolendas en la ahumada cocina de la casa de huéspedes de doña Eduvigis, sita en lo más angosto de la calle de Tudescos. En vano el inofensivo Sr. Colás trató, echando mano al recurso de sus inocentes bromas, de aplacar la furia del marimacho que regentaba la hospedería.

— Nada, nada, repetía doña Eduvigis agitando convulsa una sartén donde se preparaba á freir varias ruedas de merluza. ¡No me venga usted con retóricas ni con cuchufletas! Usted se larga esta tarde á la calle y no vuelva á parecer por aquí hasta que me traiga las dos mensualidades que me debe. ¿Lo ha oído usted bien?

— Pero Eduvigis, repare usted en que soy un anciano que podría ser su padre.

— Afortunadamente no lo es usted. ¡Vaya un papá lucido! Un murguista sin un céntimo, y además tramposo y embustero...

— Pues aquí donde usted me ve, he tenido un hijo bien guapo...

— Sí, sí, ya sé la historia del niño perdido. Buen punto estaría el mocito. De tal palo tal astilla.

— ¿Y usted qué sabe, amabilísima señora, si usted no lo ha conocido, y hace cerca de veinticinco años que desapareció de casa pocos meses después de muerta su madre, cuando yo era clarineté de la compañía de Arderius?

— Le daré á usted recibo del cuento para que no me lo vuelva á contar más. Aunque tampoco hay peligro, porque ahora mismo le voy á poner á usted de patitas en la calle en compañía de *Canelo*, ese perro viejo de todos los diablos, digno compañero de un pelele como usted. Hágale bailar en la Puerta del Sol, á ver si saca usted para un panecillo.

— Eduvigis, no sea usted tiránica, déme usted un plazo aunque sea muy corto, ocho días nada más, y le pagaré á usted los dos meses vencidos y otros dos adelantados.

— ¿Y de dónde va usted á sacar ese dinerito?

— Hoy me han dicho en la acera de la calle de Sevilla que Pendengue está formando una orquesta para dar conciertos durante la Cuaresma en el Liceo Rius y que le faltaba un profesor de clarinete.

— Ya, lo de siempre. Pues cuando se contrate usted vuelva; entretanto, recoja usted sus guñapos y á tomar el fresco..., á ver las máscaras. Necesito el catre y el cuarto de usted para un señor que paga adelantado.

— ¿Y en ese cuartucho que parece una carbonera va á entrar un ser racional?

— ¡Cuartucho, repuso indignada doña Eduvigis; pues no llama cuartucho á una habitación que era despensa! ¡Si no fuera mirar, le daba á usted con la badila y le abría la cabeza, so estafermo! Inmediatamente sale usted de esta casa, y ya que me ha estado devorando por un costado, hágame el favor de que no tenga que ir por la pareja para que le lleve á la cárcel por estafa. No quiero escándalos que desacrediten el establecimiento, y menos ahora que tengo en el salón un señor general americano que paga desde anteaer cuarenta reales diarios diariamente.

El Sr. Colás quedó inmóvil como una estatua, aterrado ante la idea de verse acusado de estafante y en poder de la policía, porque abrigaba la seguridad de que la terrible patrona no vacilaría en realizar su

amenaza. Dos gruesos lagrimones se desprendieron de los ojos del vetusto personaje, que intentó balbucear una última protesta. Pero doña Eduvigis, sin escucharle, entró en un cuarto oscuro inmediato á la cocina, cogió un talego, mediado de ropa al parecer, y le arrojó á los pies del murguista diciendo:

— ¡Ahí está el ajuar! ¡Largo, en marcha y la del humo! Tome usted el clarinete. El perro le aguarda en el arroyo, porque hace un rato le he dado dos escobazos y salió disparado.

El Sr. Colás, resignado á la expulsión, cogió el instrumento músico que le tendía la implacable pupileta, y echándose al hombro el saco de los trapos, se encaminó hacia el pasillo que conducía á la puerta de la escalera; mas antes de entrar en él, volvióse hacia doña Eduvigis diciendo:

— Sientoirme sin despedirme de las niñas, que siempre han sido tan cariñosas para mí.

— Maldita la falta que les hace su despedida.

— No obstante, dígalas que no es culpa mía si no les digo adiós, pero que les deseo mucha suerte...

Y el desventurado, enjugándose las lágrimas con la manga de su raído chaquet, desapareció por el oscuro corredor.

II

Efectivamente, *Canelo*, el perro fiel arrojado de casa de doña Eduvigis como su amo, aguardaba sentado en la puerta del zaguán, y salió al encuentro dando saltos y ladridos de satisfacción, á los que el viejo correspondió dándole palmaditas en el lomo, mientras decía:

— ¡Estamos frescos, *Canelo*, sin tener qué comer, ni casa, ni un real! ¡A los sesenta y cinco años! Sólo me consuela la idea de que han sido muchos los grandes artistas que se han visto como yo. ¿Y qué haremos ahora, *Canelito*, nos tiraremos por el viaducto?

El perro miró á su amo fijamente y movió el rabo como contestando:

— Pues... usted dirá...

— Ganas me dan, continuó el viejo, de fingirme ciego y atarte una cuerda al cuello á ver si recogíamos algo. Pero y si los señores del Orden público nos echan el guante y se descubre el pastel, nos revientan... ¡Ah, qué idea más superior!, exclamó de pronto dando un achuchón al mugriento sombrero. Estamos en Carnaval, en pleno Carnaval, y disfrazándose se puede tocar el clarinete y pedir, que es lo importante. Pérez, el antiguo sastre del Circo, alquila trajes y me dará uno fiado ó de balde; ya lo creo, como que me conoció en mis buenos tiempos, antes de irse el chico mío, cuando estrenamos el *Robinson*. Nos hemos salvado: corramos, *Canelo*, corramos á casa de Pérez.

Y no se equivocó el desdichado músico. Pérez le prestó una careta de cartón de las más baratas y un traje de aldeano de zarzuela viejísimo, apollillado y lleno de lamparones, con el que el Sr. Colás quedó convertido en el mascarón más grotesco y desarrapado. En cuanto á *Canelo*, el compasivo atrevido le colocó en la boca un platillo de hoja de lata que el chuchito aceptó de tan buen grado como su amo había tomado el disfraz, y pocos minutos después los dos compañeros se encontraban en medio de la calle de Atocha, confundidos con la multitud de máscaras y curiosos que como un río caudaloso se encaminaban hacia el Prado, punto obligado de reunión de toda clase de gentes en semejantes saturnales.

III

La jornada no había podido ser más desastrosa para el buen hombre y su lanudo acompañante. A la entrada de la calle de Santa Isabel un *graciosísimo* pillete le tiró un troncho á la careta y le espachurró las narices del frágil cartón. Aún no repuesto del susto que le ocasionó tan *culta* broma, dos ó tres borrachos, envueltos en unos felpudos y blandiendo sendas escobas, se empeñaron en que tocara la Marsellesa, y como el Sr. Colás no se apresurara á complacerles, se divirtieron en atizarle una buena ración de escobazos, alguno de los cuales alcanzó al prudentísimo *Canelo*, que á pesar de tan injustificada agresión no soltó el platillo de entre los dientes; todo ello con gran regocijo del público y de unos guardias municipales que celebraron el lance con grandes carcajadas. Más adelante unos mocitos de pelo en pecho intentaron atarle al rabo una sartén vieja al mansísimo can, que gracias á la intervención de unas chulas comparsas pudo escapar sin detrimento de las manos de aquellos salvajes.

Abrumado por tantos percances, el anciano guardó el clarinete en el bolsillo, y seguido del perro, decidió trasladarse á otros barrios que le ofrecieran campo más seguro para lucir con fruto sus habilida-

des filarmónicas. La calle de Alcalá parecióle sitio á propósito, y llegado á la esquina de Fornos arrióse á la pared y comenzó á tocar nada menos que la sinfonía de *Campanone*; mas apenas las primeras notas vibraban en el espacio, cuando un apreciable guardia del Ayuntamiento le pidió el permiso para postular en la vía pública, y como el Sr. Colás no le tenía, le intimó con las buenas formas propias de tales funcionarios que abandonara inmediatamente aquel sitio, si no quería ser detenido como «máscara ilegal.»

Este nuevo contratiempo dió al traste con el escaso ánimo del desventurado, que sin rumbo fijo comenzó á errar por las calles oyendo alguna que otra frase burlona que en su apurado corazón hacían el efecto de una puñalada. Ni él mismo podría dar razón de cuanto anduvo de aquí para allá sin atreverse en su pusilanimidad á implorar una limosna de los transeúntes. Por fin, ya bien entrada la noche, abatido, despeado y con la desesperación en el alma, el infeliz mascarón llegó á la plaza donde está situado el principal teatro de la corte, y dejóse caer muerto de fatiga sobre uno de los bancos que limitan el inmediato jardín; quitóse la careta, se arrojó en el destrozado capote del disfraz, y sin darse cuenta de ello quedó profundamente dormido, en tanto que en el vecino templo del arte oíanse las alegres notas de un vals de Strauss, interrumpidas de vez en cuando por el rumor de la bulliciosa muchedumbre congregada en el anchuroso edificio.

Largo rato hacía que el Sr. Colás dormitaba, olvidando así su desesperada situación, cuando un reloj cercano dió la una, hora señalada por los carteles anunciadores pegados á la entrada del teatro para el descanso entre la primera y segunda parte, que debía prolongarse hasta la madrugada. Multitud de concurrentes al baile, disfrazados ó no, comenzaron á abandonar la fiesta, huyendo del carácter libre y un tanto tumultuoso que tales funciones suelen ofrecer después del descanso, y pronto invadieron la plaza, interrumpiendo con sus gritos y carcajadas el silencio de la dormida capital.

Entre otros apareció en la entrada del teatro un caballero alto, de aspecto militar, envuelto en amplio gabán de pieles y llevando apoyadas en sus brazos dos muchachas, disfrazadas con elegantes dominós de raso blanco y no mal parecidas, según dejaron observar al quitarse el coquetón antifaz.

— A ver si pescamos un simón, dijo el personaje mirando en derredor, que nos lleve á cenar algo antes de volver á casa, ya que ustedes no han querido tomar nada ahí dentro.

— Muchas gracias, D. Jacobo, dijo una de las más caras; pero no aceptamos nada. ¿Verdad, Rosita?

— Digo lo que Purita, añadió la otra. Ya sabe usted que se ha comprometido con mamá á volvernos á casa antes del descanso.

— Bueno, pero doña Eduvigis ya sabe que están ustedes en buenas manos.

— No, mi general, no se empeñe usted; bastante calaverada ha sido el venir.

— Pero niñas, si mamá estará ya durmiendo y no sabrá á qué hora volvemos.

— De ningún modo, si usted no nos acompaña tomaremos un coche y abur.

— Entonces vamos á hacer una cosa, dijo el general deteniéndose junto al farol á cuyo pie dormía el asendereado músico.

No se pudo saber lo que iba á proponer D. Jacobo, porque en aquel instante Rosa lanzó un agudo chillido, ocasionado por la sorpresa que le causó el veterano *Canelo*, que abandonando el platillo apoyaba las patas sobre el blanco dominó moviendo alegremente la cola. El general levantó el bastón é iba á castigar la audacia del atrevido chuchito, cuando Pura exclamó:

— ¡Calle, si es *Canelo!* ¡Y aquí está su amo, el pobre Sr. Colás, durmiendo y vestido de mamarracho! Infeliz, se habrá desmayado de hambre...

— ¿Y quién es ese tipo?, preguntó D. Jacobo, separando á *Canelo*, que continuaba dando saltos en torno de las muchachas.

— Un viejecillo, respondió Rosa, que ha sido profesor de clarinete en la compañía de Arderius. Estaba en casa de huésped, y como no pagaba nunca... Déle usted una limosna, general.

— ¿Y cómo se llama este buen hombre?, dijo el personaje del gabán de pieles, disponiéndose á despertar al durmiente.

— En casa todos le llamaban el Sr. Colás.

— ¡Eh, amigo Colás!, dijo el huésped de doña Eduvigis tocando con el bastón al viejo.

El músico abrió los ojos, se los restregó con los puños y murmuró como si estuviera soñando:

— ¿Quién me llama? ¿Eres tú, Jacobito?... ¿Vienes del Conservatorio?



ISLAS FILIPINAS. - CEMENTERIO PROTESTANTE EN ILO-ILO (ISLA DE PANAY, de fotografía de F. Laureano)



ISLAS FILIPINAS. - ENTRE LOS MANGLARES DE LA COSTA (de fotografía de F. Laureano)

— ¡Cómo! ¿Qué dice usted?, exclamó con asombro el general. ¿Quién es ese Jacobo?

— Dispense usted, caballero; estoy tan débil de la cabeza... Creía estar oyendo la voz de mi Jacobito.

— No haga usted caso, interrumpió la pizpireta de Pura, es una manía que le da de un hijo que se le murió hace muchos años...

— No, no se murió, rectificó el anciano. Se fué de casa, á América, según dijeron, estando yo contratado en Valencia en el año 76 en el teatro Principal y no he vuelto á saber de él hasta hoy...

— Sí, hasta hoy, exclamó con voz temblorosa don Jacobo, hasta hoy en que él le encuentra á usted después de mucho tiempo de buscarle inútilmente por toda España para hacerle partícipe de la fortuna lograda con el ejercicio de las armas en la República Colombiana.

Y con asombro de Rosa y Pura estrechó entre sus robustos brazos al anciano, que le contemplaba como alorado, sin atreverse á creer en tan inesperada felicidad tras tantas desventuras.

Calcule el benévolo lector la estupefacción de doña Eduvigis al ver regresar á sus hijas y á D. Jacobo llevando del brazo al murguista disfrazado de aldeano y seguido del inseparable *Canelo*, siempre con su platicillo entre los dientes, que sólo abandonó para participar de la espléndida cena con la que el general colombiano celebró el feliz encuentro de su padre en aquella para ambos inolvidable noche de Carnaval.

En cuanto á «D. Nicolás», como le titulaba la terrible patrona transformada ya en humilde sirviente, limitó su venganza á decirle mientras se propinaba una formidable *rosbif*:

— Si no me envía usted con la música á otra parte, me pierde usted, señora; me pierde usted, porque no hubiera hallado á mi Jacobo...

A. DANVILA JALDERO

CÓMO SE LLEGA

I

A Pepín Rebollo solicitábanle todos en la aldea, y no por su hermosura ni por su dinero, que de caudales andaba aún más reñido que con la Naturaleza, que le regaló una figura desgarbada, unos ojos chiquirritines y pitañosos y una nariz que vista de canto semejava el corte de un embudo.

Solicitábanle los de la aldea, porque Pepín era hombre de letras, y no había carta, contrato ni recibo en que él no estampara su letra clásica de Iturzaeta, valiéndole el encargo una *perra chica*, una copa de vino ó una merienda, según el caso; pero tales gajes no halagaban al mozo: el que le tuvieran por más listo que Briján era lo que le enorgullecía hasta el punto de que, excepción hecha del señor cura y del alcalde, consideraba al resto de sus convecinos como seres de tres al cuarto, incapaces de sacramentos.

A tanto llegó el propio envanecimiento y el desprecio hacia los demás, que con aquella su manera de vivir destripando terrones, túvose por el más miserable de los que comen pan, y anheló abandonar el pueblo y venir á Madrid, la Meca de cuantos cascanueces ambiciosos hay en España.

Y como lo pensó lo hizo: que Pepín era hombre de iniciativa y de una fuerza de voluntad imponderable.

Llegó á la corte sin otro caudal que tres pesetas y una esperanza ilimitada en los buenos oficios que pudiera prestarle su hermana María Jesús, cocinera en casa de un título de Castilla.

Viéronse los hermanos en plena cocina, y después de un abrazo de bienvenida y un rato de palique, en el que salieron á relucir las historias, cuentos y chismes de la aldea, preguntó María Jesús á su hermano mientras preparaba un vistoso plato de perdices:

— ¿Y tú á qué vienes?

— Yo, replicó Pepín, algo admirado de la pregunta, á ver si hago fortuna, mujer; que otros con saber menos que yo, han llegado á ser personajes de campanillas.

— Es verdad, pero principio quieren las cosas...

— En eso estamos... Mira, madre no me dejaba venir, diciéndome que yo era muy «fantasioso», que me creía que en Madrid ataban los perros con longanizas. Ya sé que no los atan, pero más suerte puedo hacer en la corte que entre las cuatro casucas de nuestro lugar... Además, de algo ha de servirme lo mucho que he leído y he escrito... ¿No te parece?

— Tú bien sabes de letra y eso es lo principal... Pero ¿en qué vas á emplearte?..

— Pues eso á ti toca el decirlo, que conoces estos andurriales y me conoces á mí...

Quedóse María Jesús indecisa un momento, como si resolviera una duda enojosa; luego exclamó:

— ¡Ya te he encontrao colocación, hombre!..

Y sin dar tiempo á que su hermano replicara, continuó:

— Casualmente ayer despedieron los amos al chico que servía de mozo de comedor... Si yo hablo á los señores, puede que entres tú, y mejor que al lado mío no has de estar en ninguna parte...

— ¡Claro que no! Pero es el caso que yo no sé palabra del oficio ese que has dicho...

— Yo te enseñaré, Pepín.

II

Torpe sí estuvo en los primeros días de servicio; que no es cosa de maravillarse que un hombre acostumbreado á andar en alpargatas y á encerrar su cuerpo en amplio chaquetón, se viera como preso dentro de aquellas botas de charol y aquellos pantalones, chaleco y frac que heredó de su antecesor: lo que más le hacía padecer era el cuello de la camisa, tan tieso que sus puntas le raspaban la barbilla al menor movimiento que imprimiera á su persona. Faltábale esa gracia especial de un buen criado de casa grande que está penetrado del alto ministerio que ejerce. No presentaba los manjares ni servía á la mesa con la desenvoltura y cuidado que fueran de desear: más de una vez le valieron sus torpezas un «¡Bárbaro!» dicho por los excelentísimos señores con no muy pulido acento.

A este epíteto, como á otros muchos más denigrantes, hacía Pepín Rebollo el sueco; esto en los primeros días; después, cuando la práctica le dió mayor soltura, procuró adaptarse al humor y gustos de los que servía, y al año escaso era el mozo de comedor más listo que pudiera pedirse.

Pepín, siempre atento á la realización del gran móvil que le impulsara á abandonar la aldea, no echó en olvido una historia que en cierta ocasión contó en la mesa un caballero de los muchos que frecuentaban la casa de sus amos.

Era la historia pintoresca, y en ella se aludía á un gran pelagatos que vino á Madrid enseñando todo aquello que la decencia prohíbe enseñar; es decir, que los pantalones los traía peor que criba vieja, con lo cual nos ahorramos pintar la situación lastimosa del individuo. Y no obstante, el desarrapado pelafustán, al cabo de unos cuantos años, logró sentarse en el Congreso y más tarde en el *banco azul*.

«El mundo es de los listos — terminó de decir con entusiasmo fervoroso el narrador, — de los que se sirven de su fuerza de voluntad como de un ariete para abrir brecha en el muro que á los adversarios opone la sociedad.»

Aquel aforismo produjo una revolución de ideas en Pepín Rebollo: él, como el afortunado héroe de la historia, tenía ambición, deseo loco de llegar á lo alto: tenía por listo y no se conformaba con ser toda su vida un simple mozo de comedor... ¿Cómo subiría él á la cúspide?.. Con sólo los escasos conocimientos rudimentales que trajo de la aldea, no pasaría jamás del primer escalón; el mundo es de los listos, es decir, de los que más saben: esos llegan más pronto y mejor que los que sólo tienen la listeza ó picardía de pensamiento, pero sin la base de una instrucción sólida.

Pepín Rebollo, puesto ya en camino, no retrocedía: se enteró de cómo podría recibirse de abogado estudiando por libre, y al saber que en cuatro años podía realizar su deseo, compró los libros precisos para los exámenes del bachillerato y dedicóse con fervor de amante á cultivar su inteligencia: su sueldo, algunas pesetillas que le pedía á María Jesús y los gajes de su oficio los empleaba íntegros, sin distraer un céntimo, en cuantos gastos origina una carrera. Nada de esparcir el ánimo: todo el tiempo de que podía disponer era necesario á su empresa: luego, cuando fuese un grande hombre, disfrutaría de la vida.

Sacrificándose hasta lo inverosímil, convirtiendo las noches en días, Pepín Rebollo pasó cuatro años en perpetua lucha, hasta que un día se dirigió á las habitaciones particulares de su amo, y pidiendo licencia para entrar — que le fué concedida — vino á decir al excelentísimo señor, que se entretenía en acotar con un lápiz un «Diario» de las sesiones de Cortes:

— Tengo el honor de decir á V. E. que acabo de recibirme hoy de abogado en la Universidad central.

Maravillóse S. E. de tan inesperada como estupenda noticia: repuesto de su sorpresa, dijo á Pepín estrechándole con efusión la mano:

— ¡Así me gusta, muchacho! Los hombres que hacen lo que tú has hecho, llegan siempre adonde se proponen... Cuenta con mi apoyo.

— ¡Tanta bondad!..

— ¡Bah, dejemos eso!.. ¿Te gusta la política?

— Muchísimo.

— ¿Qué ideas profesas?

— Las de V. E.

Sonrióse el aludido, más que por la lisonja por el espíritu que la dictaba.

— Siendo así, replicó, desde mañana vendrás á mi despacho. Serás mi secretario particular, si eso te agrada, si no...

— ¡Siempre estaré al lado de V. E!, protestó Pepín.

— ¿Y quién sabe?, continuó el excelentísimo señor como si hablase consigo mismo. Puedo yo llegar á ministro y hacer tu felicidad...

El ser ministro era el punto flaco de aquel grande de España.

III

Pepín fué secretario del linajudo político, y con él aprendió cuantas triquiñuelas y falsedades pueden cometerse en esa ciencia de la cual fué Maquiavelo su más desenfadado maestro.

Cuando el excelentísimo señor ocupó la suspirada poltrona, logró Pepín un acta de diputado por una circunscripción que ni de nombre conocía: en la elección hubo todo género de amaños, componendas, pucherazos, palizas, muertos resucitados y coacciones anejas al triunfo de un candidato ministerial.

Pepín Rebollo se sentó en el Congreso, y siempre apoyado por el partido gobernante, alcanzó la bicoca de una subsecretaría.

A poco de ocuparla y en una discusión de vida ó muerte para el gobierno, Pepín charló por los codos y defendió á los suyos con oratoria entre satírica y trágica... Pero al sentir la muerte en torno de aquellos mismos que le encumbraron, se resolvió á dar un avance en su carrera política.

Se sintió buitre, y en una sesión — en la última que decidiría de la suerte del maltrecho gabinete — pidió la palabra, y en vez de continuar en la defensa de los suyos — ya cadáveres, — clavó sobre éstos sus uñas tan magistralmente, que su discurso fué el golpe de gracia que hundió al ministerio entre las burlas y chacota de sus adversarios: el que más padeció en la caída fué el mismo que encumbrara al traidor. Este no tenía la culpa: el discípulo habíase rebelado contra el maestro y lo destrozaba.

Pepín Rebollo, al finalizar su oración... fúnebre, declamó que ningún hombre que se estimara en algo debía pertenecer al partido que tales atrocidades cometía.

El discurso ocasionó una crisis: entró á gobernar el partido que originó la caída del gabinete, y la candidatura de Rebollo para desempeñar una cartera rodó de boca en boca y por las columnas de la prensa.

Pero Pepín, con su sagacidad política, comprendió que aquel no era el momento oportuno para aceptar un puesto tan elevado: agradeció el ofrecimiento, rehusándole modestamente; con lo cual, los periódicos y el mundo entero le proclamaron ¡un gran patriota!..

A partir desde aquel memorable suceso, el nombre de Rebollo figuró en las notas políticas de los diarios y su caricatura en las planas centrales de los semanarios satíricos: entre la gente política teníaese por hombre avisado y temible en demasía: halagáronle los mismos con quienes tan traidoramente se portara y solicitáronle aquellos á los cuales dió el triunfo. Pepín no se decidía por ninguno, declarábase independiente para cotizar mejor su independencia.

Brujuleó siempre con intención aviesa, vendiéndose por amigo de unos y protector de otros: no reparó en felonías; fué débil, sumiso y adulador con el más alto, y despreciativo y soez con el más bajo: girasol humano, siempre volvía su cara al sol que más calentaba: ahogó todos los sentimientos, todos los impulsos generosos del alma, y su corazón fué roca para el caído, cera para el vencedor: el termómetro de su conciencia señalaba siempre «cero»: no parecía un hombre, era una masa animada de granito que se dirigía como movida por resortes hacia un punto determinado.

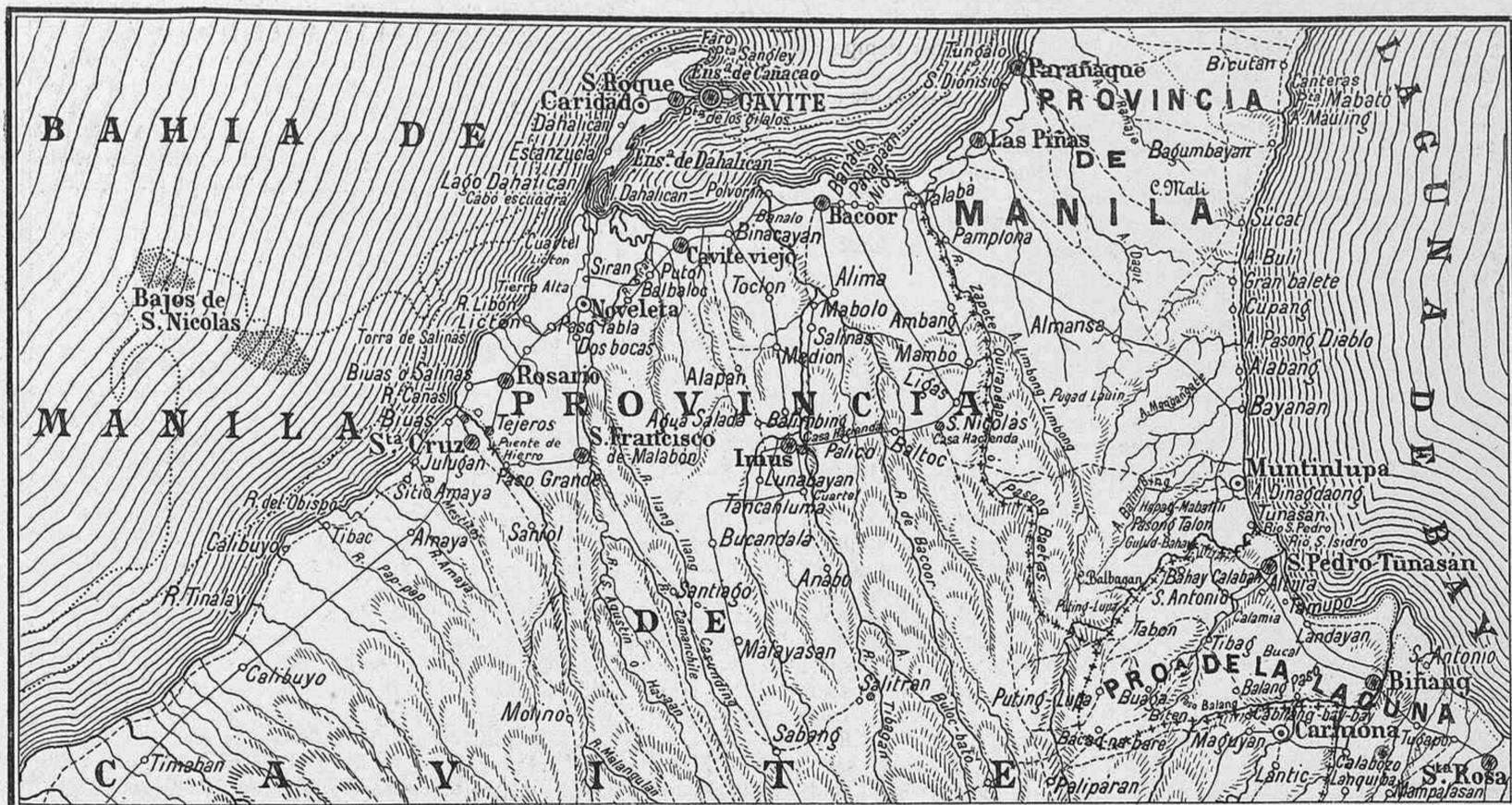
En el mar desaguan los ríos y éstos vuelcan en aquél las inmundicias que yacen en su alvéolo... Y no obstante, sus aguas, en calma, aparecen azuladas y copian como en un espejo las nubes del cielo... ¡Cuántos hombres son como el mar!.. ¡Cuántas grandezas se ofrecen puras en su exterior, pero inmundas en su fondo!..

IV

Pepín Rebollo logró verse ataviado con el vistoso uniforme de ministro de la corona.

Después de jurar el cargo el novel consejero, á solas en su despacho particular, repasó *in mente* cuantos sucesos le habían ocurrido desde que llegó á Madrid, y vió á su hermana en la cocina, hasta que juró el cargo ante S. M.

Y no pudo por menos de sentir ese ahogo que se produce al abrir una letrina y recibir sus mefiticos



○ CABECERA DE PROVINCIA. ○ Pueblo. ○ Barrio. ○ Cuartel ó edificio importante de mampostería.
 — Camino carretero. - - - - - Camino de herradura. Sendas. ~~~~~ Ríos y arroyos. + + + + + Limite de provincias.

GUERRA DE FILIPINAS. - MAPA DE LA PARTE DE LA PROVINCIA DE CAVITE EN DONDE SE HAN DE DESARROLLAR LAS OPERACIONES QUE SE ESTÁN PREPARANDO CONTRA EL PRINCIPAL NÚCLEO DE LA INSURRECCIÓN

miasmas. Su vida, hasta entonces, no era más que un tejido de infamias é ingraticudes: el llegar á lo alto, sin los prestigios de un nombre ni los de la riqueza, cuesta esfuerzos titánicos: es aventura propia de Hércules: hay que vencer los obstáculos y pisotear - si es necesario - á cuantos estorban en el camino emprendido.

«¡Arriba!» ordena la ambición, colocada ya en la espínosa cuesta de los honores y de las riquezas.

«¡Arriba!» repetís estimulado, procurando ganar

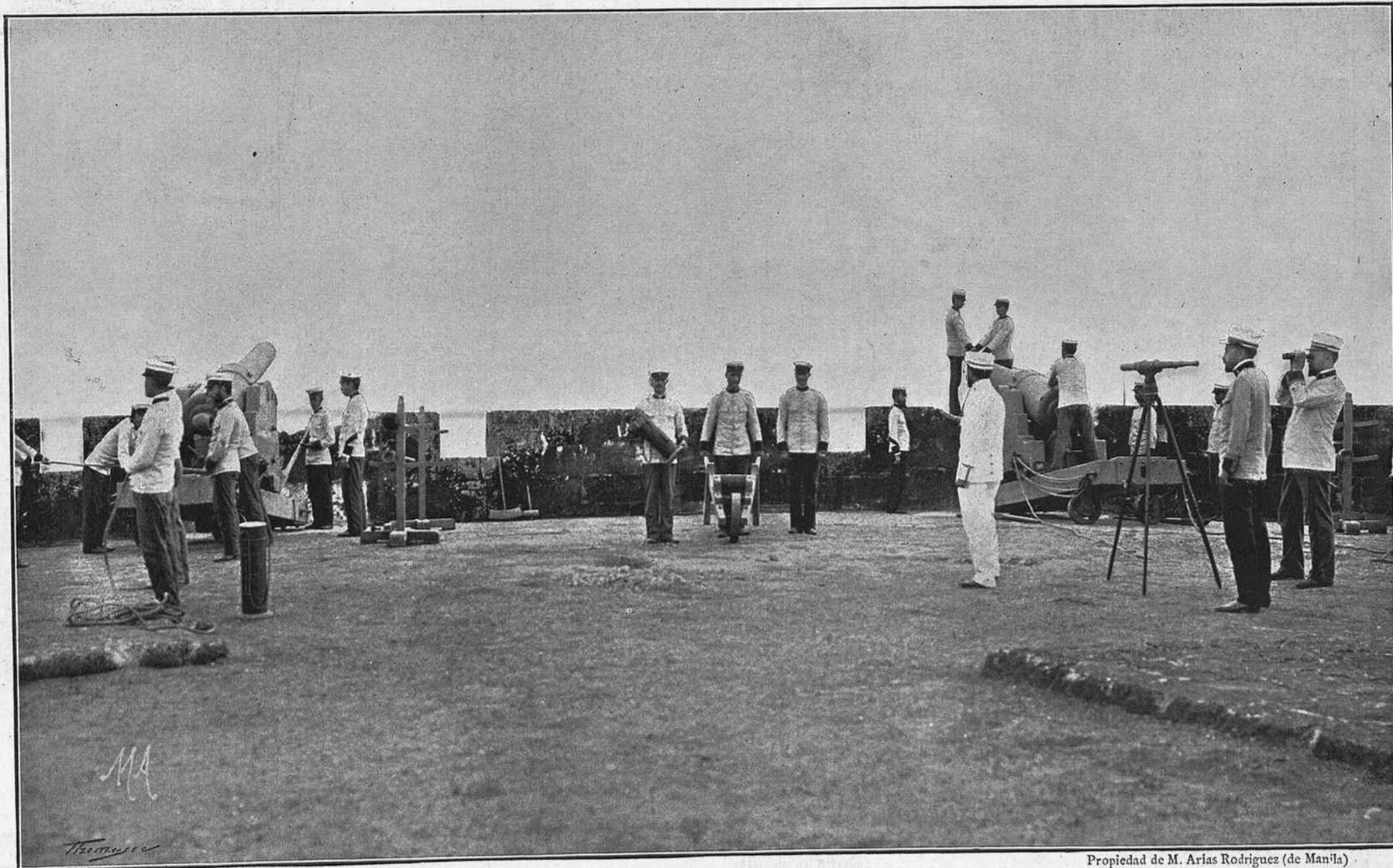
terreno á los que van delante é inutilizar á los que os siguen.

«¡Arriba!» «¡Siempre arriba!» Considerad, como Darwin, que la vida es lucha y que sólo se proclama campeón al que vence, así haya empleado malas artes para adquirir su triunfo; el vencido fué un necio ó un ambicioso desenfrenado: el batallón humano pasará por encima de su cuerpo cantando himnos al vencedor.

Hoy, Pepín Rebollo Pérez, era el Excelentísimo

Sr. ministro de Tal, D. José del Rebollo y Pérez: para lograr esto sembró ingraticudes, renegó de su familia, dió al olvido á su propia madre; prohibió á María Jesús, su hermana, que se acordara del santo de su nombre: fué traidor al partido que le protegió y falso y rufián con el que abrió camino á su encumbramiento.

Al pensar en esto, al ver á sus plantas el *spoliarium* que su ambición había formado, experimentó gran malestar, pero se serenó pronto y púsose á re-



Propiedad de M. Arias Rodríguez (de Manila)

GUERRA DE FILIPINAS. - CAVITE. - BATERÍA DE DOS CAÑONES DE ACERO RAYADO DE 13 CENTÍMETROS, SISTEMA WHITWORTH, EMPLAZADA EN EL BALUARTE DE PORTA VAGA CON EL FIN DE BATIR Á LOS INSURRECTOS DE BINACAYÁN, CAVITE VIEJO Y NOVELETA (véase la descripción)



LAS DAMAS ROMANAS ENTREGAN AL SENADO SUS JOYAS PARA EL SOSTENIMIENTO DEL EJÉRCITO QUE HA DE COMBATIR Á ANÍBAL, CUADRO DE G. SCIUTI

pasar la correspondencia que un criado acababa de traerle.

Eran cartas de felicitación en su mayoría.

Al romper el sobre de una y ver la firma, sintió encendérsele la cara de rubor.

Aquella carta, endiablidamente escrita, tenía un párrafo terrible en su laconismo:

«Sabrás de como madre pasó á mejor vida el sábado último, y el domingo la enterramos. La pobre, hasta que se murió, no hizo otra cosa que llamarte... Como no había en casa ni un céntimo y las cosas van de día en día peor, hemos tenido que enterrar á madre de limosna, habiéndole costado los vecinos la caja.»

A la conclusión de aquella carta que firmaba María Jesús, quedóse S. E. como paralizado.

Pero recobrando pronto una serenidad estoica, rasgó en menudos fragmentos el pliego, y arrojándolos al fuego que ardía en la chimenea, murmuró con cruel parsimonia:

«¡Bah! ¡Cosas de la vida!»

ALEJANDRO LARRUBIERA

NUESTROS GRABADOS

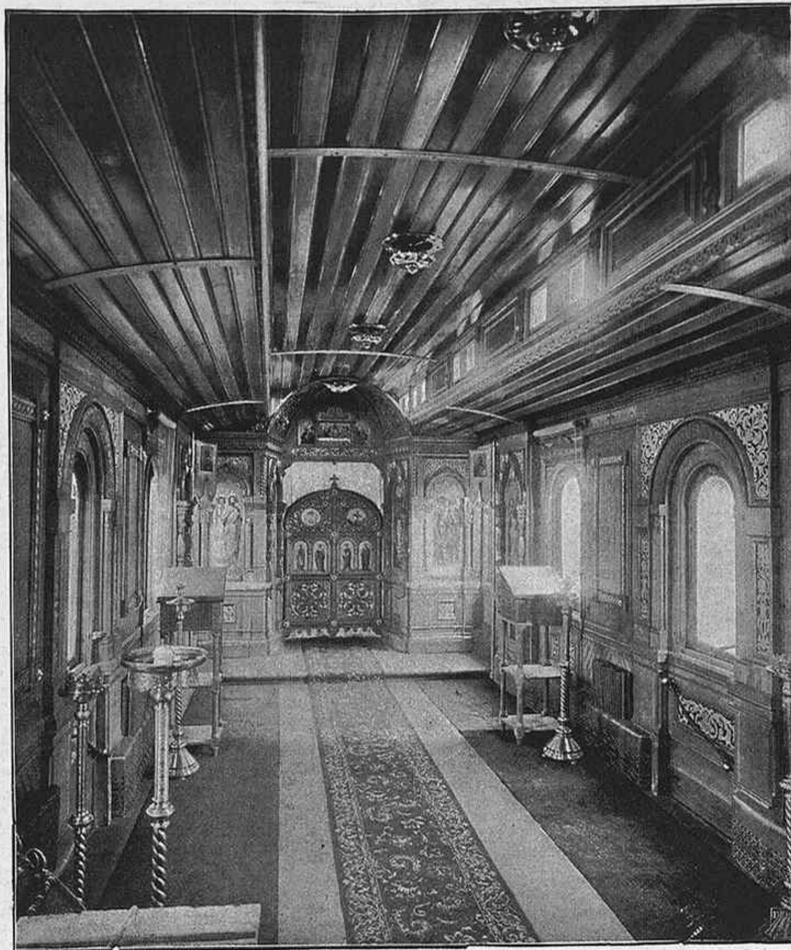
Islas Filipinas.— Los grabados de la página 117, reproducidos de fotografías de D. Félix Laureano, continúan la serie de vistas del archipiélago filipino que venimos publicando en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por creeras, dadas las actuales circunstancias, de interés para nuestros lectores. Ilo-Ilo, hoy ciudad importante con puerto comercial que compite con el de Manila, era antiguamente un villorio, compuesto de unas cuantas casas de pescadores que poco á poco fueron cediendo su puesto á hermosos edificios en su mayoría pertenecientes á extranjeros protestantes. A medida que el número de éstos fué creciendo, dejóse sentir la necesidad de un cementerio especial para los que profesaban el protestantismo, y al fin se construyó, á expensas de varios particulares, la necrópolis que reproducimos y que, situada antes en las afueras de la ciudad, hoy, por el aumento de ésta, viene á hallarse casi en el centro de la misma. La otra vista que publicamos reproduce los manglares que crecen junto á las playas adonde acuden á bañarse las familias filipinas. Los baños de mar vienen á ser en aquellas islas lo que en España una gira de campo, porque el baño, aunque se toma, no es más que el pretexto para pasar un día de *juerga* con sus correspondientes bailes y comilona. Estas expediciones se verifican especialmente en los meses de marzo, abril y mayo y son motivo de grandes fiestas y regocijos.

S. A. la infanta doña María Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier.—El día 1.º del actual falleció en Sevilla, en donde residía desde hace muchos años, esta ilustre dama, modelo de virtudes que le granjearon cariño y admiración universales. La infanta María Luisa Fernanda nació en Madrid en 30 de enero de 1832, y no contaba todavía dos años cuando murió su padre, el rey Fernando VII. Crióse y educóse siempre al lado de su hermana la reina Isabel II, hasta que de ella hubo de separarse cuando en octubre de 1846 se casó con el hijo menor del rey Luis Felipe de Francia, Antonio de Orleans, duque de Montpensier. Trasladóse entonces á París; mas á los dos años la revolución que destruyó á su suegro obligó á los jóvenes esposos á huir de Francia y á refugiarse en Inglaterra primero, después en Holanda y por último y definitivamente en España. En el hermoso palacio de San Telmo, de



S. A. LA INFANTA DOÑA MARÍA LUISA FERNANDA DUQUESA DE MONTPENSIER, fallecida en 1.º del mes actual

Sevilla, vió transcurrir días felices, mas también sufrió acerbos dolores, como el de ver morir á cuatro de sus hijos, entre ellos la infanta Mercedes, aquel tesoro de bondad que el amor de su primo, el malogrado Alfonso XII, elevó al trono de España con unánime satisfacción de los españoles, quienes cifraron en aquella santa princesa grandes esperanzas que una prematura muerte impidió ver realizadas. Algunos años después murió su esposo, y este nuevo golpe colmó la medida de los sufrimientos de la noble infanta, que desde entonces vivió en el más absoluto retiro, consagrada exclusivamente al recuerdo piadoso de sus



INTERIOR DEL VAGÓN-CAPILLA DEL FERROCARRIL TRANSIBERIANO

mueritos y al alivio de las miserias y consuelo de las aflicciones de los vivos. Bien puede decirse de ella que ha sido, para los sevillanos especialmente, el ángel de la caridad y que ha muerto como debe desear morir el justo, entre lágrimas de dolor sincero y bendiciones de gratitud profunda.

Guerra de Filipinas.— Toda la atención pública en España está fija en las operaciones que se están preparando contra la plaza de Cavite Viejo, centro el más importante de la insurrección filipina, en donde los rebeldes han acumulado sus recursos y se han fortificado para resistir el ataque que no tardarán en emprender nuestros valientes soldados. El éxito de esta operación puede ser decisivo para el término de la campaña, y de aquí la necesidad de no acometerla sin contar con la seguridad de llevar á feliz cima tan difícil empresa. Difícil, sí, porque aparte de los recursos y fortificaciones con que cuenta el enemigo, nuestras tropas tendrán que operar á pecho descubierto y en condiciones muy desventajosas, dada la topografía de aquel terreno. Por esta razón es de alabar la prudencia con que procede el general Polavieja en las operaciones preparatorias, no queriendo comenzar el movimiento de avance sobre la plaza enemiga hasta tener la seguridad de rendirla y de dar con ello el golpe de gracia á la rebelión. El detallado mapa de la provincia de Cavite que publicamos en la página 119 permitirá á nuestros lectores seguir, en el momento oportuno, las operaciones que contra Cavite Viejo se emprendan y que nadie duda que se verán coronadas por la más brillante victoria, demostrándose así una vez más lo que puede España, gracias á su valeroso ejército. La otra lámina de la misma página reproduce el baluarte de Porta Vaga, en donde se instalaron á fines de septiembre último dos cañones de acero rayado de 13 centímetros, sistema Whitworth, servidos por un pequeño destacamento de artillería al mando del primer teniente del cuerpo D. Valentín de Valera. El objeto de estas dos piezas es el de batir y molestar con sus fuegos todas las posiciones enemigas y poblados ocupados por los insurrectos en toda la gran zona comprendida entre el polvorín de la Marina de Binacayán y el cuartel de Noveleta, como lo ha hecho en diferentes ocasiones y continúa haciéndolo siempre que se presenta á la vista algún grupo de insurrectos. Este baluarte con sus fuegos y con los de la escuadra inició el combate del día 9 de noviembre sobre Binacayán y auxilió el nutrido fuego de las baterías del campamento de Dahalicán en los días 26 y 27 del citado mes. El alcance de dichas piezas, dadas las condiciones del montaje, es superior á 7.000 metros, si bien hoy no se emplean para alcances mayores á causa de la espesa cortina de bosque que dificulta la observación del tiro; aquel alcance, sin embargo, es suficiente para batir Binacayán, Cavite Viejo, Noveleta y poblados intermedios ocupados por el enemigo. El proyectil usado en dichos cañones es la granada ordinaria, de 32 kilogramos de peso, y la de metralla, de efectos perfectamente visibles en los edificios de materiales fuertes, como la iglesia y convento de Cavite Viejo, el puente del mismo pueblo, etc., y no tan eficaces en los caseríos de materiales ligeros (caña y nipa), si bien se ha dado el caso de incendiarse esas construcciones á la explosión de los proyectiles. De todos modos se consigue, en parte, con esos cañones el objeto principal, cual es desalojar al enemigo de sus atrincheros y entorpecer los trabajos en los mismos, con lo que se ha causado notable daño y, según confidencias, algunas víctimas á los rebeldes.

La fotografía de este baluarte ha sido tomada por D. Manuel Arias y Rodríguez.

Las damas romanas ofrecen al Senado sus joyas para organizar el ejército que ha de combatir á Anibal, cuadro de G. Sciuti.—Tiempo de prueba fué para Roma el que comprende el período de la segunda guerra púnica. Anibal, que saliendo de España había atravesado el Mediodía de Francia y realizado la empresa, tenida por imposible, del paso de los Alpes, derrotaba á los romanos

en Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas: los aliados abandonaron á Roma, y contra ésta alzábanse los pueblos que hasta entonces respetaron su soberanía. Todo parecía conjurarse contra la república y todo anunciaba su próxima ruina: sólo los romanos no desesperaron; el Senado adoptó enérgicas medidas, prohibiendo cuantas manifestaciones de duelo pudieran conturbar los ánimos, obligando al servicio militar á todos los que no estuvieran imposibilitados de llevar las armas y utilizando los tesoros de los templos para hacer frente á los gastos de la lucha, recursos que se aumentaron con los donativos voluntarios que todos, sin distinción de sexo ni condición, aportaron en la cuantía que les permitía su fortuna. El notable pintor italiano G. Sciuti representa en su cuadro uno de estos episodios que en aquellos días se desarrollaron en el Capitolio: mientras los sacerdotes imploran el auxilio de los dioses, los senadores consignan en las listas sus nombres y las sumas que están dispuestos á aprontar para la continuación de la guerra y las matronas romanas entregan al Senado sus mejores joyas, rivalizando en el deseo de coadyuvar á la salvación de la patria. Aquellos esfuerzos de Roma, aquella explosión de patriotismo tuvieron la debida recompensa: algunos años después Cartago era vencida y la hegemonía romana quedaba por muchos siglos asegurada.

Interior de un vagón-capilla del ferrocarril transiberiano.— Para el servicio del ferrocarril transiberiano que ha de recorrer la distancia de San Petersburgo á Wladivostok en una extensión de 7.000 kilómetros, se han construido vagones-capillas que exteriormente apenas se diferencian de los ordinarios en otra cosa que en la forma de las ventanillas ajustadas al estilo bizantino. En su interior están elegantemente decorados y nada falta en ellos para la celebración de las ceremonias del culto llamado oxtodoxo, según puede verse en el grabado que en esta página publicamos. Cada vagón-capilla tendrá su pope especial nombrado por el Santo Sínodo.

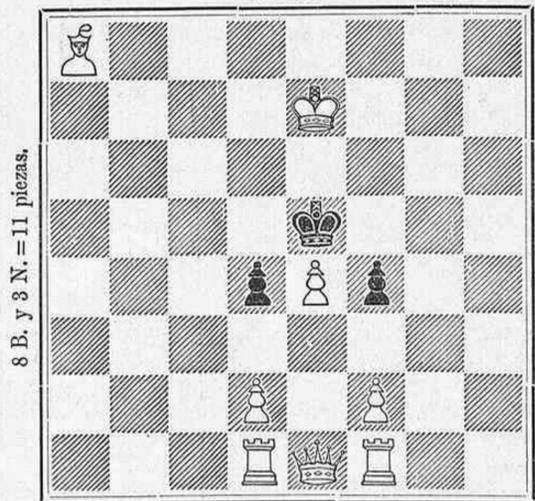
Guerra de Cuba.— La rapidez y seguridad de las comunicaciones y de los medios de transporte son indudablemente uno de los principales elementos para el buen éxito de una guerra: comprendiéndolo así los insurrectos cubanos, no se dan punto de reposo en realizar su plan de destrucción de las líneas férreas, apelando para ello á los medios más violentos y causando numerosas víctimas. De aquí que haya sido necesario organizar trenes exploradores debidamente custodiados por fuerzas del ejército, encargados, como su denominación indica, de explorar el estado de las vías y de mantener expedita la circulación por las mismas. Nuestro grabado de la página 128 reproduce uno de estos trenes, del cual ha descendido la compañía que lo custodia, cuya presencia habrá puesto de seguro en fuga á alguna partida que quiso intentar algún golpe de mano contra el convoy.

Teatros.— *Barcelona.*— Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *La marcha de Cádiz*, bonita zarzuela en un acto de Celso Lucio y García Alvarez, música de los Sres. Valverde (hijo) y Estellés, y *La sargana*, zarzuela de los Sres. García Alvarez y Paso, con música de los maestros Valverde (hijo) y Torregrossa. En el Liceo ha terminado la temporada de ópera, habiéndose celebrado los beneficios de la Sra. Tetrizzini y de los Sres. Campanini, Blanchart y Cardinali, que obtuvieron sendas ovaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 57, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 56, POR J. PALUZIE

- | | |
|-------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. C 5 AD | 1. Cualquiera. |
| 2. D, T ó C mate. | |

Cada día se ve surgir algún específico para el cutis. Todas estas panaceas, que no son sino aceites, hacen la fortuna de la CREMA SIMÓN, á la que se está obligado á recurrir si se quiere volver á tener EL FRESCOR y LA BELLEZA. Desde hace 35 años, CREMA, POLVOS DE ARROZ y JABON SIMÓN son cual la última palabra de la higiene en perfumería.

J. SIMÓN, 13, r. Grange-Batelière, PARÍS.



Pero la cólera fué pronto reemplazada por un vivo dolor cuando vió á su primo ofrecer galantemente el brazo á Alina (pág. 109)

LA ONDINA DE BRETAÑA

NOVELA POR PEDRO MAÉL. — ILUSTRACIONES DE VICENTE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

VI

LAS DESPEDIDAS

Diez días le habían bastado á Magdalena para aprender ese arte de la mujer que consiste en mostrar húmedos sus párpados para mejor disimular la alegría de su corazón.

Por primera vez supo adoptar todas las apariencias de la tristeza al despedirse de las señoras de Pelvoux cuando éstas subieron al *breack* del castillo que las condujo á la estación de Vannes.

Si aquella despedida causó gran placer á la huérfana, en cambio le entristeció á Pablo profundamente.

El joven estaba enamorado.

La frívola Alina se llevó el corazón del oficial en su equipaje, sin preocuparse más de lo que le hubieran preocupado una sombrerera golpeada ó un estuche de tocador caído al suelo.

Él, por el contrario, sufría, conforme á esa verdad de que los que se quedan son los que soportan el peso de la ausencia.

Lena había aprendido ya lo bastante para comprender que aún no era el momento de que ella interviniese.

¿Qué hubiera podido ella decir á su primo?

Todavía se hallaba éste dominado por el encanto de la seductora joven; aún encontraba su imagen y su perfume por todos lados en aquella vieja mansión.

Magdalena no quiso interponer su sombra entre los ojos de Pablo y el recuerdo fugitivo de la parisiense.

Y sin embargo, ¡qué sombra tan encantadora! Cualquiera otro que no hubiese sido el ciego oficial hubiera encontrado en ella luz para sus ojos.

La brusca y dolorosa experiencia por que pasó había dado á Magdalena una gracia puramente personal. La melancolía vaga que hizo siempre sus transportes de alegría tan vivos y tan originales, había adquirido con los recientes sucesos cierto carácter de gravedad.

Esto iba á servirle de preparación á un dolor todavía más grande que el que hasta entonces había sentido.

Acabó el verano; sucedióle el otoño. Después de secarse las hojas desprendieronse de los árboles, volando en remolinos y formando sobre los senderos algo así como una alfombra enlutada.

Pablo, retenido por el servicio largo tiempo, volvió al castillo con la frente algo sombría.

Cierta mañana sonó en los oídos de Lena una doble noticia que derecha como un rayo le penetró hasta el corazón: Pablo era el futuro esposo de Alina é iba á ausentarse por dos años.

Esta segunda parte de la noticia estaba prevista, era segura. La joven sabía que su primo tenía que alejarse, no sólo de Bretaña sino también de Francia.

Exigialo su gloriosa carrera. Pablo debía ir allí donde tantos otros, incluso su mismo hermano, habían ido antes que él. No se sigue la carrera de marino para quedarse en tierra calentándose al fuego de la chimenea. Los barcos son los mayores enemigos de los goces serenos del hogar.

La «bretoncita» sabía ya eso y á ello se había previamente resignado.

No todas las mujeres que lo desean son aptas para servir de compañeras á un marino. Hace falta la vocación, que ni se improvisa, ni se aprende.

He ahí por qué Magdalena, engolfándose en las más hondas é íntimas reflexiones, creíase con las aptitudes especiales que en una mujer se requieren para ser la esposa de un marino, á pesar de que ella no sabía aún más que por intuición en qué consisten los deberes del matrimonio.

Su sufrimiento cuando supo que su primo debía casarse con Alina de Pelvoux fué á la vez en su amor propio y en el afecto que á Pablo le profesaba.

No podía explicarse por qué su rival había cautivado á Pablo.

¿Había en aquella «muñeca» ni siquiera la sombra de una afinidad, ni aun la menor semejanza con aquel joven vigoroso, más á propósito para las aventuras heroicas que para las comedias de salón?

Si la hermosura justifica todas las preferencias, ciertamente Alina merecía aquel homenaje.

Pero Lena, aunque creía, sin falsa modestia, que en dicho terreno ella merecía otro tanto, apreciaba más las cualidades serias y positivas que las cualidades superficiales.

Aquel año llegó de pronto el invierno. Diciembre cubrió el firmamento con las más tristes nubes en que el cielo de Armor se vió velado.

En los primeros días de enero recibió Pablo la orden de embarque.

Debía embarcarse en el *Turenne*, con destino al mar de la China.

Acababa de conquistarse el Tonkín. El *Bayard* había traído á Francia los gloriosos despojos de Courbet.

Las hostilidades con China habían tenido fin mediante un tratado que el Celeste Imperio aceptó con gran repugnancia. Era preciso hacer respetar aquel tratado é inspirar miedo á los orientales. El papel de la marina en aquellos mares no había, pues, concluído.

Pablo de Guenezán era oficial especialista de la flota de torpederos. Conocía á fondo su especialidad. El torpedero que mandaba iba á pasar á las órdenes de otro oficial, mientras el joven teniente de navío encargábase de desempeñar funciones más activas á bordo de un acorazado de estación.

Sus maniobras ya no iban á ser simulacros, sino actos verdaderos.

Su vida en el mar de la China sería la del marino en tiempo de guerra.

A los peligros hipotéticos de las experiencias sucedían, al fin, los peligros reales y cotidianos de la estación marítima.

Por fortuna para Lena, aún no estaba ésta suficientemente instruída sobre las cosas de la vida del marino para apreciarlas con exactitud. Naturalmente, ninguno de sus dos primos la inició en la noción exacta de tan cruel realidad, con el fin de evitarle las grandes inquietudes que hubiera sentido en el momento de la separación.

Sospechó, sin embargo, observando la gravedad de los semblantes, que para Pablo las cosas iban á ser muy distintas de lo que habían sido hasta entonces, y que un factor desconocido y temible entraba desde luego en el cálculo de probabilidades de dicha á que se puede entregar el espíritu de un marino lejos de la tierra natal.

Llegó el último día, el día en que Pablo iba á ausentarse.

Dejó Saint-Gildas de madrugada, al rayar la aurora. Su comida en el castillo iba á ser la comida de despedida del joven oficial.

Queriendo dominar la tristeza de la separación, el comandante Pedro había dado sus órdenes para que la comida fuese un verdadero festín.

La vieja cocinera recibió instrucciones precisas. Con una solicitud aún más conmovedora por tratarse de un hombre consagrado á serios estudios que jamás se ocupó de la mesa, el capitán de fragata llegó aquel

día hasta el extremo de hacer él mismo la lista de los platos que debían servirse. La lista era tan escogida y tan abundante como si la hubiera hecho el mismo Pablo queriendo darse á sí mismo un íntimo festín de Baltasar. No se escatimaron los vinos, sacados de la bodega del castillo, donde los había de los mejores.

De los labios de Pedro salió una frase profunda:

— Hay que servir vinos de buen color para que las lágrimas que puedan caer en las copas no alteren su brillo.

Sonó la hora de beber al feliz regreso de Pablo.

El comedor estaba iluminado por las arañas encendidas, cuya luz se reflejaba en la plata y en el cristal, sobre un mantel de inmaculada blancura, donde los manjares hallábanse colocados en un orden perfecto.

Desgraciadamente, una sola cosa faltaba en el festín y era el apetito de los comensales.

¡Ah! El estómago, dígame lo que se quiera, es un vasallo del corazón. Que el soberano esté contento y se verá al vasallo dilatarse, los ojos brillarán y un bienestar se derramará por todo el cuerpo. Ocurre justamente todo lo contrario si el luto y la tristeza dominan en torno de la mesa en que se come.

Al sentarse aquella noche en sus sitios los comensales, flotaban sobre el puente pesadas nubes.

El capitán de fragata quiso disipar aquella tristeza.

— Vamos, hermano Pablo, dijo, ¡por tu feliz viaje, por tu buena suerte, por tu dichoso regreso y por tu rápido ascenso!

Y levantó su copa, llena hasta arriba de Chateau Margaux.

El teniente de navío chocó la suya con la de su hermano con cierta languidez.

Hubiérase dicho que del cristal salía un quejido.

— Gracias, contestó el joven oficial con palabra lenta. Ya sé que aquí no cambiará nada mientras tú estés; que tu corazón será siempre el mismo, y que, después de mis dos años de destierro, mi puesto en nuestro viejo hogar me será siempre guardado por el más seguro y firme cariño. Soy yo, pues, quien debo brindar por tu dicha, Pedro, y porque no te falte nunca lo que tan bien mereces: la prosperidad bajo este techo y el honor sobre tu frente. Y si yo supiera un día bajo aquellos cielos lejanos que estabas decidido á asociar otra existencia á la tuya, ten por seguro que mi corazón salvará la distancia que va á separarme de ti, que mi pensamiento penetrará en esta morada y que estará aquí presente, aunque invisible, renovándote los votos que hago por tu ventura.

A Pedro le pareció la ocasión propicia para hacer brillar un reflejo de alegría en medio de la sombría tristeza que embargaba á todos.

— Pero ¿qué diablos dices?, exclamó. ¿A qué aludes, loco de atar? ¿Qué es lo que me deseas? ¿Un matrimonio? Basta un Guenezán para continuar la raza y las tradiciones de la familia. Si, por azar, eso ocurriera, no sería tan pronto; puedes estar tranquilo, en la seguridad de que aguardaría con paciencia tu regreso para la ceremonia.

Y se echó á reír al pronunciar estas últimas palabras.

¿No era esa la mejor respuesta que podía dar á la melancólica insinuación de su hermano respecto á su unión posible con madame de Pelvoux?

Pero Pablo quiso hablar el último.

— ¡Sea como tú quieras!, dijo. Admitamos que permanezcas soltero incorregible. En todo caso tengo aquí á quien poder dedicar mi brindis, pues quizás no sienta la misma aversión por el matrimonio. Dos años bastan para hacer de una niña una mujer y acaso á mi vuelta encuentre ya á nuestra pequeña ondina coronada de flores de azahar.

Interrumpió su brindis llamando al criado que servía á la mesa:

— El vino tinto no es para brindis de este género. ¡Destapa dos botellas de Champagne!

El Cliquot llenó las copas de finísimo cristal con su espuma.

— ¡Por tu felicidad, Lena!, brindó el teniente de navío en una especie de excitación febril. ¡Por el hombre feliz que sea tu esposo!

¡Cosa extraña! Magdalena, al oír esto, en vez de ruborizarse, se puso súbitamente muy pálida.

Sus manos temblaron y sus labios agitóronse convulsos.

Su copa, que Pablo llenó de Champagne, escapósele de entre los dedos, y cayendo sobre el mantel, donde se derramó el contenido, se hizo mil pedazos.

La joven había vacilado al levantarse, y por fin, viéndola caer sobre el respaldo de la silla, Gwen y Pedro acudieron en su auxilio.

— ¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que tiene?, pre-

La voz tranquila de Gwen se elevó en un extremo de la mesa.

Con aquel acento de calma y aquella rígida corrección que la distinguían murmuró:

— Decididamente, es la noche de los presagios.

— ¡Vamos bien!, dijo Pablo. Si miss Hotspur interviene entraremos en las esferas de la alta magia.

Mas la vieja institutriz, moviendo su cabeza, continuó:

— No se ría usted. Es usted bretón y debiera comprender esto. He vivido mucho tiempo en el país de Gales, donde se habla casi la misma lengua que aquí. En uno y otro país las tradiciones, por lo general, son las mismas. Vuestro Myrdin ¿no es el mismo que el de los Erses y el de los Scots? Si leéis la Historia hallaréis en la de los primeros tiempos de la Galia un hecho análogo al que acaba de ocurrir en esta mesa.

Todos se miraron. Pablo intervino entonces, diciendo con tono algún tanto irónico:

— ¡Oh, miss Gwen!

Dejemos á un lado la Historia. Díganos usted solamente en qué consiste el segundo presagio á que usted acaba de aludir.

— Sr. Guenezán, contestó la institutriz. Era costumbre entre los viejos celtas que la joven que elegía un esposo le ofreciese para beber una copa, en la cual ella misma mojaba previamente sus labios.

— ¡Ah!, exclamaron á la vez Pedro, Magdalena y Pablo.

Los tres ¡ah! tuvieron diferentes entonaciones.

Mas para un psicólogo, el que se escapó de los labios de la ondina llevaba en sí toda una revelación.

Era preciso que el teniente de navío estuviese bien enamorado de la otra para no observar bruscamente aquella confesión de Magdalena, tan inocente como espontánea.

No, no la observó; no vió nada, no comprendió

nada. Antes por el contrario, comenzó á hablar en broma con Gwendolina.

— Vamos, ya entiendo, miss; recuerda usted un punto de la Historia que se reduce á una simple leyenda. Quiere usted aludir, ¿no es verdad?, al famoso matrimonio de Euxene y de Gyptis y á la fundación de Marsella...

— ¡Precisamente!, contestó la inglesa, inclinando su cabeza con un signo de asentimiento.

Entonces el teniente de navío estuvo cruel, en medio de la mayor inconsciencia.

— Mi querida Lena, he ahí, por desgracia, dos presagios que parecen contradictorios en los hechos. Es verdad que te quiero mucho; pero en cuanto á ser tu marido... Piensa un poco: tengo doce años más que tú... Entre los dos augurios escojo el que te ofrece la dicha. ¡Vamos, Lena, comienza á preparar tu vestido blanco y guárdame una flor de azahar de tu boda!

La joven respondió con una suavidad de voz adorable:

— Puedes estar tranquilo, primo mío. Haré como mi tutor; esperaré tu regreso para casarme.

Él la miró sonriendo y contemplando nuevamente su rostro encantador. Por segunda vez sintió al mirarla aquella extraña emoción que experimentó algunos meses antes al llevar á Lena al castillo desde el borde del golfo, donde la había encontrado á hora ya algo tardía.

Mas sobreponiéndose á la emoción, se contentó con decir alegremente:

— Después de todo, es cierto, puedes esperar. El que se case contigo ganará en ello... desde todos los puntos de vista.

Levantáronse de la mesa.

Fueron á reunirse por última vez en el gran salón. En la alta chimenea, de estilo del siglo XIII, cuyos adornos de madera esculpida llegaban hasta el techo, ardían gruesos leños calentando aquella habitación vastísima. Alrededor veíanse viejos sillones forrados de cuero, con escabeles de nogal. Candelabros soste-



...por fin, viéndola caer sobre el respaldo de la silla, Gwen y Pedro acudieron en su auxilio

guntó Pedro, que también palideció, poseído de grande inquietud.

Por fortuna, Lena sólo había flaqueado bajo la sacudida de la emoción.

Una vez pasada ésta, la joven se irguió sola y el color volvió á sus mejillas.

— No es nada, murmuró, esforzándose por sonreír. He tenido así como un vértigo, una cosa que ha saltado de pronto dentro de mi cabeza y de mi pecho. Pero ya lo ven ustedes, todo pasó.

Y contemplando los pedazos de cristal que el criado recogía, murmuró como una niña avergonzada:

— ¡Oh, mi tutor, qué torpeza! ¡He dejado incompleto el servicio!..

Pedro replicó:

— No hay que preocuparse por eso... Al contrario, si fuésemos á creer en augurios...

— ¿Qué?, preguntó Pablo con presteza.

— Esa copa rota sería para nosotros el mejor de los presagios.

— ¿Cuál? ¿Estás tú al corriente de las supersticiones populares?

— ¡Oh! Al corriente no; pero esa es bien sabida de antiguo por todos en Francia. Cuando al brindar por una señorita la copa de ésta se rompe, eso quiere decir que la señorita por quien se brinda se casará con aquel á quien su corazón prefiera.

— Entonces, ondina, dijo alegremente Pablo, mi brindis no ha podido ser más oportuno.

El rostro de Lena se enrojeció.

Este incidente tan poco significativo devolvió la paz á su alma. Magdalena bendijo con todo su corazón aquella esperanza incierta que le llevaba el azar.

Pero Pablo, conmovido un momento, volvió á coger su copa y exclamó:

— A propósito, Lena, toma mi copa y moja en ella tus labios antes que te den otra.

Diciendo esto se la entregó á su prima, que bebió un poco. Pablo en seguida apuró el resto de un solo trago.

nidos por brazos de acero, que concluían en garras de leones, alumbraban el salón con sus gruesas bujías.

El café y el te fueron servidos al mismo tiempo; el café para los caballeros y el te para las señoras.

Pedro dió un cigarro á su hermano y encendió el suyo.

La conversación volvió á adquirir cierta gravedad. Los dos marinos hablaron de cosas de su carrera.

—¿De modo que es en el *Tu-
renne* donde vas á hacer tus dos años de campaña?

—Sí, contestó Pablo sin prestar atención á lo que decía. ¡Dos años! ¡Qué plazo tan largo para estar esperando la dicha!

—¡Bah!, exclamó Pedro. Es largo si se quiere. Pero te parecerá más corto de lo que te imaginas y eso te hará amar más aún á tu patria y á los tuyos. Por otra parte, creo que no tendrás necesidad de distraerte en borrar del calendario los días que pasan. Según lo que cuentan los camaradas que de allá vuelven, no hay tiempo para aburrirse...

—¡Dios te oiga! Se me figura que en aquellos parajes y bajo aquellos cielos el no tener nada que hacer debe ser peor que el trabajo.

—¡Ah! Eso depende... En cuanto á mí, puedo decir que no me he aburrido. La China es un curioso país, y por poco que pares en Shanghai ó en Nanking te distraerás estudiando á los hijos del Celeste Imperio y sus usos y sus costumbres.

Pablo, una vez lanzado por el camino de las ideas serias, se puso á meditar.

—Es cierto que ocupando bien mis días conseguiré abreviarlos. Dibujaré, haré fotografías, tomaré algunas vistas...

—Y además no os faltarán incidentes, estoy seguro... Aquella región es la de los piratas. Tendréis que andar persiguiéndolos, probablemente... Acaso tengáis que hacer algunos disparos contra los muros de la Sonda... Quizás puedas contar con esa distracción imprevista. Los malayos y los piratas de Borneo te proporcionarán más ocupaciones que las que tú mismo te procures.

La conversación siguió su curso natural.

Pedro sacó á plaza todos los recuerdos del tiempo en que él hizo su campaña en aquellas latitudes. Su hermano menor escuchábale con deferencia, con una deferencia que no excluía la familiaridad debida á los lazos de la sangre.

—Gracias, mi buen Pedro, dijo al terminar éste el relato de su campaña. Cuanto acabas de referirme me será útil. Vale mucho la experiencia de un hombre que ha pasado por las mismas pruebas, sobre todo cuando ese hombre es un hermano como tú.

Llegó el momento de separarse.

Pablo tenía que partir antes de rayar el alba, ó sea en las altas horas de la noche.

Se retiró á eso de las doce, después de estrechar la mano de Pedro.

Sólo entonces observó que miss Gwendolina Hotspur se había dormido en su sillón, y que Magdalena, que estaba con los ojos abiertos, había oído el grave diálogo.

Pablo se acercó á su prima y extendiendo sus brazos dijo:

—¡Vamos, bésame, bésame bien fuerte!.. Ya no nos veremos hasta dentro de dos años, pues cuando yo me marche, mañana por la mañana, todavía estarás dormida!

Los labios de Lena estremecieron como si de ellos fuera á salir alguna palabra. Pero no brotó ningún sonido.

En vez de hablar, presentó su pura y hermosa frente al beso de su primo, mirando al suelo.

Evidentemente, la ondina había tenido tiempo bastante para reflexionar entre las palabras de Pablo y su propia sorpresa y había decidido que no se trasladara su pensamiento.

A pesar de tener el corazón henchido de amargura le impuso silencio y refrenó sus latidos.

Pero al día siguiente, de madrugada, en el momento en que los dos oficiales de marina bajaban juntos al comedor, donde Pablo iba á almorzar antes de abandonar el castillo, una mano blanca levantó la cortina de lana tras de la cual se abría el pasillo que iba á las habitaciones de Lena y de Gwen, y Lena,

paración, dedicando más tiempo á sus habituales trabajos.

Bajo apariencias de frialdad el comandante Pedro ocultaba un alma muy sensible, y precisamente porque necesitaba ponerse en guardia contra su sensibilidad excesiva era por lo que procuraba aparecer cubierto de una máscara de estoica indiferencia.

Mas no tardó en dominar sus propias impresiones.

Su calidad de tutor le hizo observar con mirada vigilante el estado de ánimo de su pupila. Se fijó atento en la anormal agitación nerviosa que comenzaba á notarse en todos los actos de la vida de Lena.

En efecto, contra lo que Lena había sido hasta entonces, impetuosa, brusca é inconsiderada, mostrábase contenida en una gran reserva, más propia de una mujer que de una muchacha.

También de la buena Gwen se apoderó cierta vaga inquietud al observar aquel cambio.

Así ésta como el comandante Pedro adquirieron la certidumbre de que un elemento nuevo manifestábase en la original personalidad de la joven.

Lena daba signos inequívocos de una voluntad enérgica y persistente que luchaba contra las espontaneidades de un temperamento lleno de viveza y contra las rebeliones de un carácter indomable.

Y un día que hablaba sobre este asunto la excelente Gwen expresó en una frase pintoresca la común impresión que sentían ante aquel fenómeno que á la vez les inquietaba y llenábales de encanto:

—Sí, dijo miss Hotspur riéndose, Magdalena va reemplazando á Lena.

No era esta una simple antítesis de ideas ó de palabras; era la observación precisa y rigurosa de una realidad que estaba á la vista.

La ondina se transfiguraba lentamente y conscientemente.

Iba marchando ya hacia sus diez y siete años.

Gwendolina, habituada á la uniforme evolución de los temperamentos de su raza, no dejaba de sentir cierta alarma viendo la rápida metamorfosis que se operaba en su discípula.

Puso más cuidado que nunca en estudiarla á ésta y en vigilarla de cerca para descubrir mejor el secreto de aquel profundo cambio. Lo consideró tanto más fácil cuanto que Lena, que hasta entonces sólo había manifestado su

afecto hacia Gwen por intermitencias, por explosiones, empezaba á ser con ella más respetuosa, más tierna y más confiada, hasta el punto de haberla hecho penetrar ciertas intimidades para Gwen casi totalmente desconocidas.

En esto se engañaba por completo.

Sin duda alguna, la transformación de la joven en lo tocante á su trato con Gwendolina era muy grande y de una absoluta sinceridad. Había comprendido todas las buenas cualidades de la excelente mujer que, con la mejor voluntad del mundo, aunque algo torpemente á veces, le prodigó atenciones y cuidados que, en realidad, no bastaban á suplir la maternal solitud de que la muerte de madame de Kéroulaz había privado á su hija.

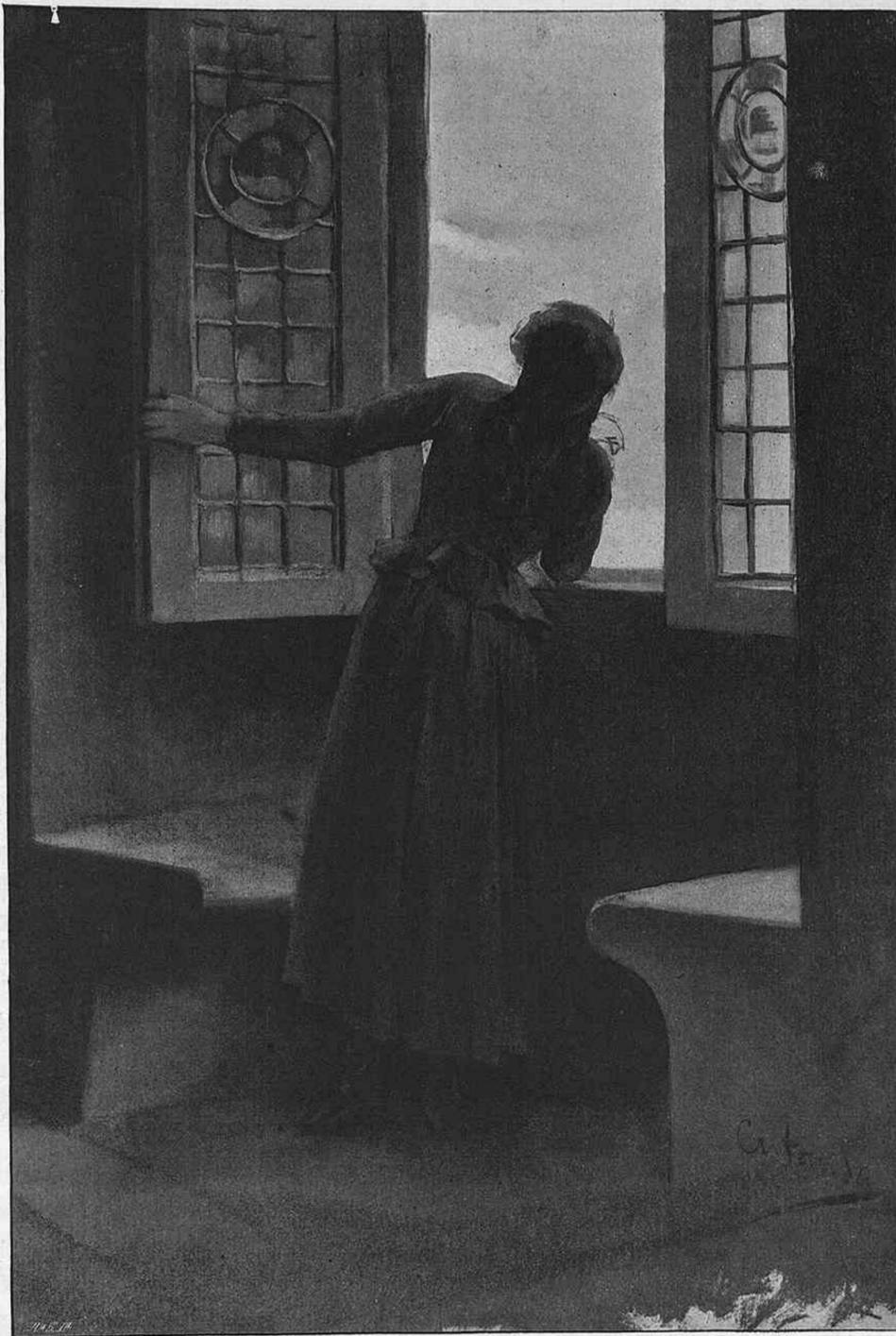
Al darse cuenta de ellos, Lena sintió crecer y tomar forma al verdadero afecto hasta entonces sin equilibrio y sin consistencia de que sólo había dado á miss Hotspur pruebas irregulares.

Pero la misma Magdalena no conocía, sino de una manera muy vaga, el motivo, la causa determinante de aquella transformación.

Ésta había sido ocasionada por un sentimiento de orden distinto.

Hallábase Lena en ese período del amor en que el corazón, envuelto todavía en las brumas con que lo rodea la poesía de la juventud, no se entrega aún á las expansiones ardientes de la pasión, ni habla el firme lenguaje del amor consciente y enérgico.

(Continuará)



Entonces, segura de que ninguna mirada indiscreta la sorprendía en su llanto, la huérfana dió rienda suelta á su dolor

muy nerviosa, con los ojos enrojecidos á la vez por las lágrimas y por el insomnio, fué á dar á su primo la última despedida.

Pablo estaba también demasiado triste para intentar reprenderla, y el tutor no pensó ni por un solo segundo en incomodarse con su pupila. Sin embargo, exhortó á Magdalena á que se volviese á su alcoba, lo que no le impidió á la joven permanecer en la ventana hasta el instante en que el coche que llevaba al teniente de navío se perdió á lo lejos por la avenida del viejo castillo de Ely entre el ruido de las campanillas de los caballos y el restallido del látigo del mayoral.

Y entonces, segura de que ninguna mirada indiscreta la sorprendía en su llanto, la huérfana dió rienda suelta á su dolor.

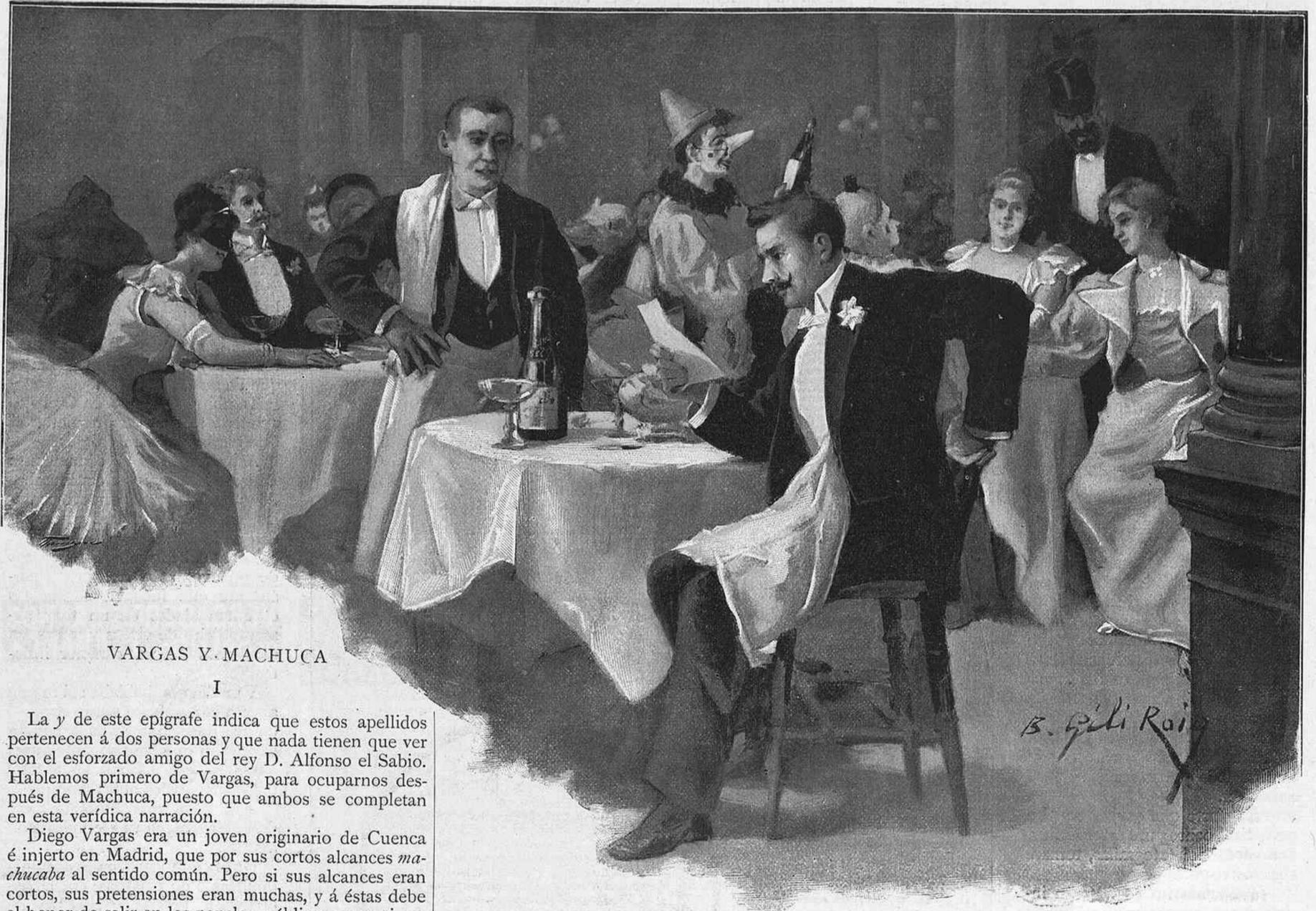
VII

OJOS QUE NO VEN Y CORAZÓN QUE SIENTE

El castillo quedó sumido en un silencio de muerte. El capitán de fragata estaba ya acostumbrado á esta clase de separaciones.

Hombre esclavo de su deber y de sus estudios, había abrazado por vocación su ruda carrera. Así es que estos incidentes no le causaban sorpresa alguna. Sabía ya que la carrera del marino estaba sembrada de tristezas y de contrariedades.

Se sobrepuso á la pena que le produjo aquella se-



VARGAS Y MACHUCA

I

La y de este epígrafe indica que estos apellidos pertenecen á dos personas y que nada tienen que ver con el esforzado amigo del rey D. Alfonso el Sabio. Hablemos primero de Vargas, para ocuparnos después de Machuca, puesto que ambos se completan en esta verídica narración.

Diego Vargas era un joven originario de Cuenca é injerto en Madrid, que por sus cortos alcances *machucaba* al sentido común. Pero si sus alcances eran cortos, sus pretensiones eran muchas, y á éstas debe el honor de salir en los papeles públicos; pues si no, hubiérase quedado en la obscuridad en que vegetan otros muchos tan necios como él, pero más modestos. Vargas era huérfano de padre y madre, y sin más que parientes sumamente lejanos, rico por su casa, puesto que tenía dos: una en la calle del Desengaño y otra en la de ¡Válgame Dios! Poseía además en tierra de Cuenca un coto redondo, y una huerta en la ribera del Manzanares; y con esto y con ser algo tacaño (cuando no se trataba de sus vicios y vanidades) nunca tenía escasez de dinero. Mucho del que manejaba gastábalo en trajes y perifollos, y especialmente en cosmético para el bigote, que era su constante preocupación, retorciéndoselo á cada instante, hasta cuando dormía. ¡Qué guías las de Vargas; asemejábanse á dos agudas lancetas! Con ellas pretendía atravesar los corazones femeninos. Porque, regla general, no hay nadie que se retuerza el bigote que no tenga conatos por lo menos de conquistador amoroso. Ya se ve, ¿qué mujer resiste á unos botines blancos sobre el *brodequín* de charol, á un bastón bien llevado debajo de la capa, y sobre todo á un bigote retorcido con cierto *chic*? Pero veo que me extralimito y que con lo dicho basta y sobra para que el discreto lector comprenda que Vargas era un tonto de capirote, con pretensiones de elegante, y sobre todo, con ínfulas de Tenorio. ¡Qué no hubiera dado él por poseer la lista de mujeres rendidas del amante de doña Inés, hasta prescindiendo de la *princesa real*, y contentándose con una marquesa, aunque fuera de nueva hornada! Como no sabía ni siquiera lo que era el equinoccio, sólo hablaba de mujeres, vencidas ya ó asediadas: en esto era insaciable, según y como se explicará más adelante. Por lo demás Vargas no era ni feo ni guapo, y sólo se distinguía por su diminuta estatura, á la que debía el diminutivo de Varguitas.

II

Una tarde entró Varguitas en la cervecería de la calle del Príncipe y atisbó á Machuca que en un velador de rincón tomaba café, fumaba un cigarro que, por la dorada abrazadera, debía ser habano, y tenía delante una copa de coñac. Por estos esplendores supuso Varguitas que Machuca estaba en fondos, y se sentó á su mesa sin recelo.

¿Quién era Machuca?

De positivo nadie lo ha sabido; pero por los pelos,

señales y *sablazos* podía deducirse que era un vividor. Su rostro era inteligente y simpático, su palabra fácil y su acento persuasivo, como conviene á todo el que *pelea en el mundo*. Sólo tenía un defecto físico (prescindo de los morales) y era el de ser tan pequeño y exiguo como Varguitas. Sin embargo, no tenía diminutivo como éste, merced al alcance de su *sable*.

Vargas se sentó con cierto interés al lado de Machuca, aun á riesgo de tener que pagarle la consumación, como dicen los franceses, porque estaba *intrigado*, como también dicen los susodichos transpirinaios. Dos días antes, pasando Vargas al anochecer por junto á la tapia de la huerta del convento de Santa Teresa (ya derribado), observó que Machuca, envuelto en las sombras del crepúsculo, se bajaba al vertedero de aguas pluviales que había en dicha tapia y extraía un objeto que Varguitas no pudo distinguir. Aquello olía á intriga amorosa, pero lo extraño era el sitio, por lo cual éste, que entonces pasó de largo, se propuso preguntar á Machuca no bien tuviera ocasión. Precisamente una intriga de tal clase era su bello ideal para aproximarse al de Tenorio.

Sentados, pues, ambos en el velador de la cervecería, Varguitas pidió un ponche de huevo y preguntó á Machuca:

— ¿Puede saberse, si no es indiscreción, qué hacía usted la otra tarde en la calle del Barquillo registrando un vertedero?

— ¡Hombre!, contestó Machuca sonriendo, usted que es aficionado no debe extrañarse...

— Lo que me extraña es el sitio, ¡la tapia de un convento!

— Como que se trata de una aspirante á monja.

— ¿Una novicia?

— Precisamente.

— ¡Ah!

Este ¡ah! hizo abrir mucho los ojos á Machuca, señal en él de que se le ocurría una idea, y dijo:

— Si á mí me sobrara el dinero como á usted, ¡qué feliz sería!

— Pues ¿cómo?

— Porque no veo resultados á mi conquista no habiendo *monises*, y eso que la novicita es muy corriente. ¿Sabe usted lo que me dice en su última carta? Pues me dice que daría diez años de vida por ir á un baile de máscaras del Real.

— ¡Vaya!

— Ya se ve, ¡como yo le doy periódicos, está soliviantada de cascos!

Varguitas bebía su ponche pensativamente. Machuca le observaba con el rabillo del ojo.

Hubo una pausa de silencio, que rompió Varguitas diciendo:

— ¡Quién estuviera en el puesto de usted!

— Pues á poco que me hurgue le cedo á usted la plaza.

— Pero ¿y ella?

— Mire usted, Varguitas, yo supongo que ella no me quiere por mi linda cara, sino porque soy hombre, sin contar que usted es más guapo que yo y está mejor vestido. Lo que ella desea es volar, y creo que lo mismo le dará hacerlo en compañía de un jilguero ó de un verderón.

Ocupóse el velador próximo al en que estaban los dos interlocutores, y como la conversación era reservada, saliéronse ambos á la calle.

El diálogo debía tener consecuencias.

III

Tres noches después había baile de máscaras en el teatro Real. A la media noche próximamente veíase un coche parado en la calle de Hortaleza, esquina á la del Barquillo, y en ésta, paseando hasta la de Santa Teresa, iba, venía y se detenía un hombre envuelto en un amplio gabán de pieles, cuyo cuello alzado le tapaba hasta los ojos.

A veces se asomaba con precaución á la última de dichas calles, pero sin torcer la esquina.

Era Varguitas.

Habíase arreglado con Machuca, y esperaba á la novicia de las Teresas. ¡Cómo le palpitaba el corazón al joven Tenorio! Estaba en plena aventura llena de emociones. ¡Una casi religiosa! Esta idea era lo que más le conmovía. Pero ¿cómo tomaría la novicia la sustitución de un galán por otro? Todas estas cosas le tenían inquieto. Asomábase con recato á la calle de Santa Teresa, porque así se lo había encargado Machuca, y esperaba el fin de la aventura con tanto interés y casi con igual miedo que Sancho Panza la de los batanes.

Por fin, al asomarse á la esquina vió una sombra que se destacaba de la puerta del convento.

Abandonó él la esquina, é instantáneamente apro-

ximósele el bulto y se agarró á su brazo. El joven Tenorio le examinó á la lejana luz de un farol y pudo distinguir que sobre el hábito llevaba un dominó negro y una careta de seda cuya guarnición llegaba hasta la mitad del pecho.

- Nos espera un coche.
- Bueno, pues vamos, dijo la novicia en voz casi imperceptible.
- Quitate la careta.
- Ahora no, ¿estás loco? Luego.

Varguitas se apoderó de una mano de su pareja: mano pequeña y enguantada.

Subieron al coche que partió no muy de prisa. El joven conquistador quiso permitirse alguna libertad, pero su pareja le rechazó, diciendo muy por lo bajo:

- Mira, Luis (Machuca se llamaba Luis), ten juicio hasta la hora de no tenerle; oye mi programa: ahora son las doce próximamente, puedo disponer de cuatro horas. Vamos al Real, me convidas á cenar...
- Eso por supuesto.
- Después damos una vuelta por el baile para que yo me entere...

- Bien, y luego?
- Entre cena y paseo estamos en el baile hasta las dos...

- Bueno, pero ¿y después?
- ¿Tienes dónde llevarme?
- A mi casa, vivo solo con una vieja ama de llaves que ahora estará roncando.
- Pues vamos á tu casa.

Al oír tan seductor programa, Varguitas se estremeció de esperanza. Oprimió la mano de su pareja; ésta, que correspondía á los apretones, exclamó de repente:

- ¡Ah! ¡Tú no eres Luis!
- Yo...
- ¡Me has engañado!..

El seductor vaciló y después dijo:
- Pues bueno, sí, no soy Luis; éste me ha pedido que le sustituya á tu lado, porque á última hora ha recibido un telegrama de su pueblo anunciándole que su madre está moribunda.

- ¡Pobre Luis! ¿Está muy lejos su pueblo?
- No, en esta misma provincia: es Bocigas. Vaya, ¿te conformas con la sustitución?

- Cuando pasemos frente á un farol, bájate un poco el cuello del gabán.

- Pues ahora, ¿me ves?
- Sí, no tengo más remedio que conformarme.

- «Bien dijo Machuca que la novicia es muy corriente,» - pensó Varguitas, satisfecho de haber salido de aquel apuro.

IV

Entraron en el Real y dieron una rápida vuelta por el salón. La novicia miraba hacia todas partes como embebecida; pero pronto dijo:

- Desfallezco. Vamos á cenar.
- Quitate la careta.

- Repito que estás loco, ¿para encontrarme quizá con alguno de mis hermanos?

La futura religiosa levantóse un poco el rebecillo é hizo honor al *ambigu*: comía por cien marineros después de la tempestad. Varguitas estaba desganado de emoción. Cuando llegaron á los postres la novicia se levantó, llamó á un camarero y le preguntó dónde estaba el tocador. «Si la señora gusta, yo la guiaré,» dijo aquél, y ambos salieron de la sala.

Apresuróse Varguitas á pagar la cuenta ansioso de llevarse á su pareja lo más pronto posible. La presunta monjita apenas había hablado durante la cena, lo cual el joven calavera atribuyó á timidez, pues al fin y al cabo era una novicia. Esperábala con impaciencia, y cuál fué su sorpresa al ver que el camarero se le aproximaba presentándole una cartita en una bandeja.

Miró el sobre dirigido á él, abrió el billete y leyó: «Amigo Varguitas: ¡Gracias por la cena que usted me ha dado, y gracias también por sus veinte duros, que no han servido para catequizar á ninguna portera; pero sí para que su humilde servidor pueda efectuar un viaje á su tierra para cumplir un voto hecho á Nuestra Señora de Utrera.

»Por lo demás, la novicia existe; y en cuanto á la portera, me consta, aunque no por experiencia, que no es insensible á las monedas del Rey nene.

»Así, pues, ¡Varguitas y á ella!
»Siempre suyo, hasta por el camino. - L. Machuca.»
¡Pobre Varguitas!

F. MORENO GODINO

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DR. FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor exito
Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Bergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Agua Léchelle
HEMOSTATICA. - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. - DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

SIMIENDE DE LINO TARIN
Preparado especial para combatir con suceso Los Estreñimientos, Colicos, Bochorros y las Enfermedades del Hígado y de la Vejica (Exigir la marca de «la Mujer de 3 piernas».)
Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
La Cajita : 1 fr. 30
POMADA FONTAINE
Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eozema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo. - Fricciones ligeras por la noche.
El Boto : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
La Bola : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
TARIN, Farmacéutico de 1^{ra} Clase, ex-interno de los Hospitales PARIS. - 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

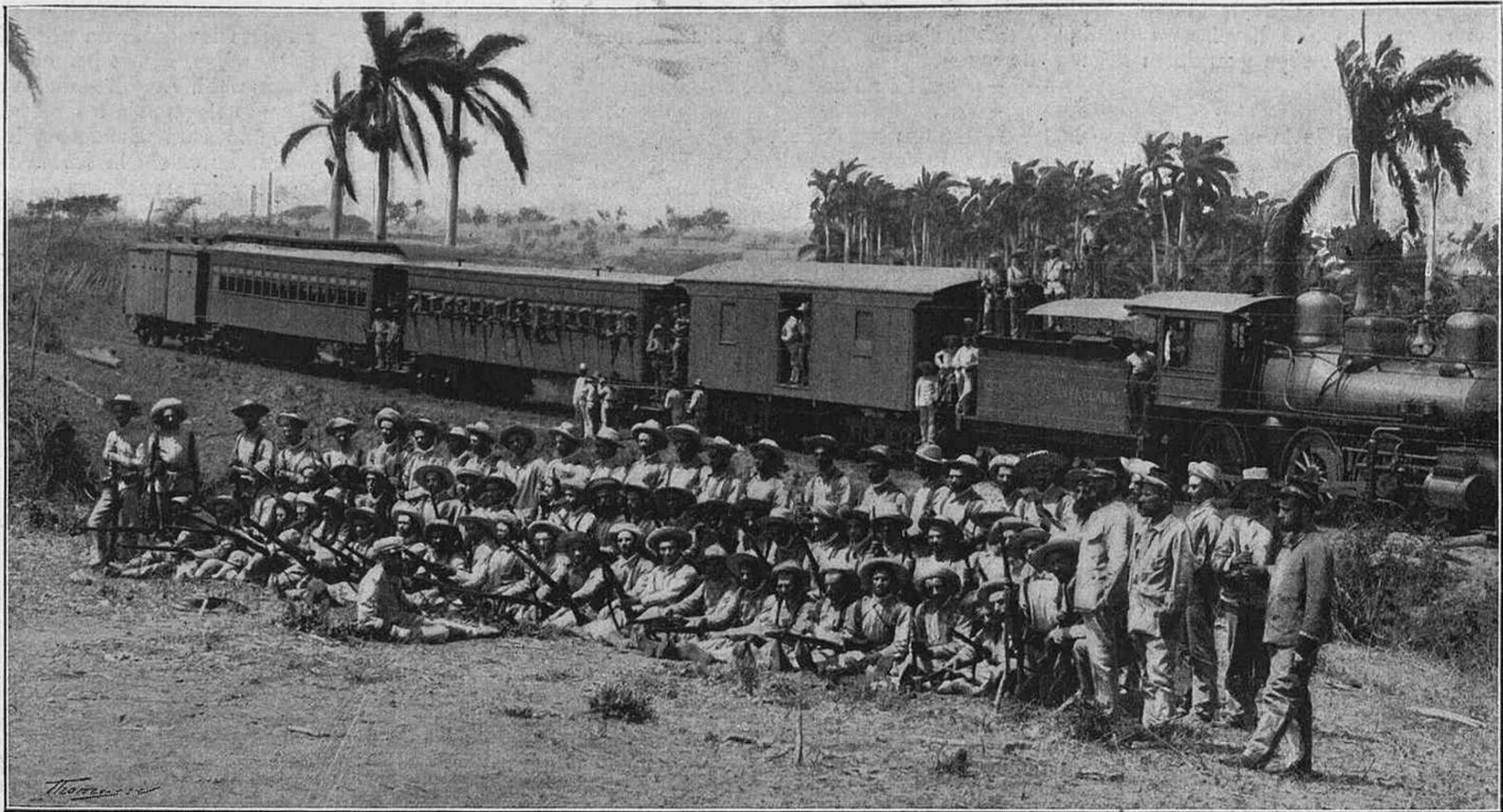
ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTERSON
PASTILLAS y POLVOS
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Colicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EPLORRESCIENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et C^{ie} en Paris
B^e St-Denis, 16

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fabrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **FILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



LA GUERRA DE CUBA

SEGUNDA COMPAÑÍA DEL PRIMER BATALLÓN DEL REGIMIENTO DE SORIA, ENCARGADA DE LA CUSTODIA DE UN TREN EXPLORADOR DEL GOBIERNO (de fotografía)

MEDICACION TÓNICA

PILDORAS Y JARABE DE BLANCARD

Con ioduro de Hierro inalterable

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMO
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS
etc., etc.

Exijase la firma y el sello de garantía.

PARIS
40, rue Bonaparte, 40

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.

DOS FÓRMULAS:

I - CARNE - QUINA
En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles e Influenza.

II - CARNE-QUINA-HIERRO
En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito e igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CH. FAVROT y Cia, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. y en todas Farmacias.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Apreciada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
CASTRITIS - CASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

CEREBRINA

REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS
Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION

ASMA

y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
T. FERRÉ y Cia, P^{os} 102, R. Richelieu, Paris.

CARRERAS-CAZA

EMBROCACIÓ MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores
Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base
de goma y de ababoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como
mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia
contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

UNGUENTO ROJO MÉRÉ

DE CHANTILLY
CURACIÓN SIN TRAZAS
DE LAS ENFERMEDADES DE LAS
PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

PIÈRE DE CHANTILLY
ORLÉANS - FRANCE

UNGUENTO ROJO MÉRÉ

CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
Infiltraciones y Derrames articulares
Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes

Los efectos de este medicamento pueden graduarse a voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendien a todos los animales.

BLACK MIXTURE MÉRÉ

BALSAMO CICATRIZANTE
Para toda clase de Heridas y Maturadas de los Animales.
EN TODAS LAS DROGUERIAS

NUEVOS PERFUMES

para el pañuelo

de **RIGAUD y Cia**

VIOLETA BLANCA
Perfumes de Birmania.
Flores de Auvernia.
Luis XV. - Lucrecia.
Ascanio. - Ylang Ylang.
Graciosa. - Rosina.
Melati de China.
Lilas de Persia.

JABONES y POLVOS de ARROZ a los MISMOS OLORES
8, rue Vivienne, a PARIS